

333

SAMUEL BLIXEN

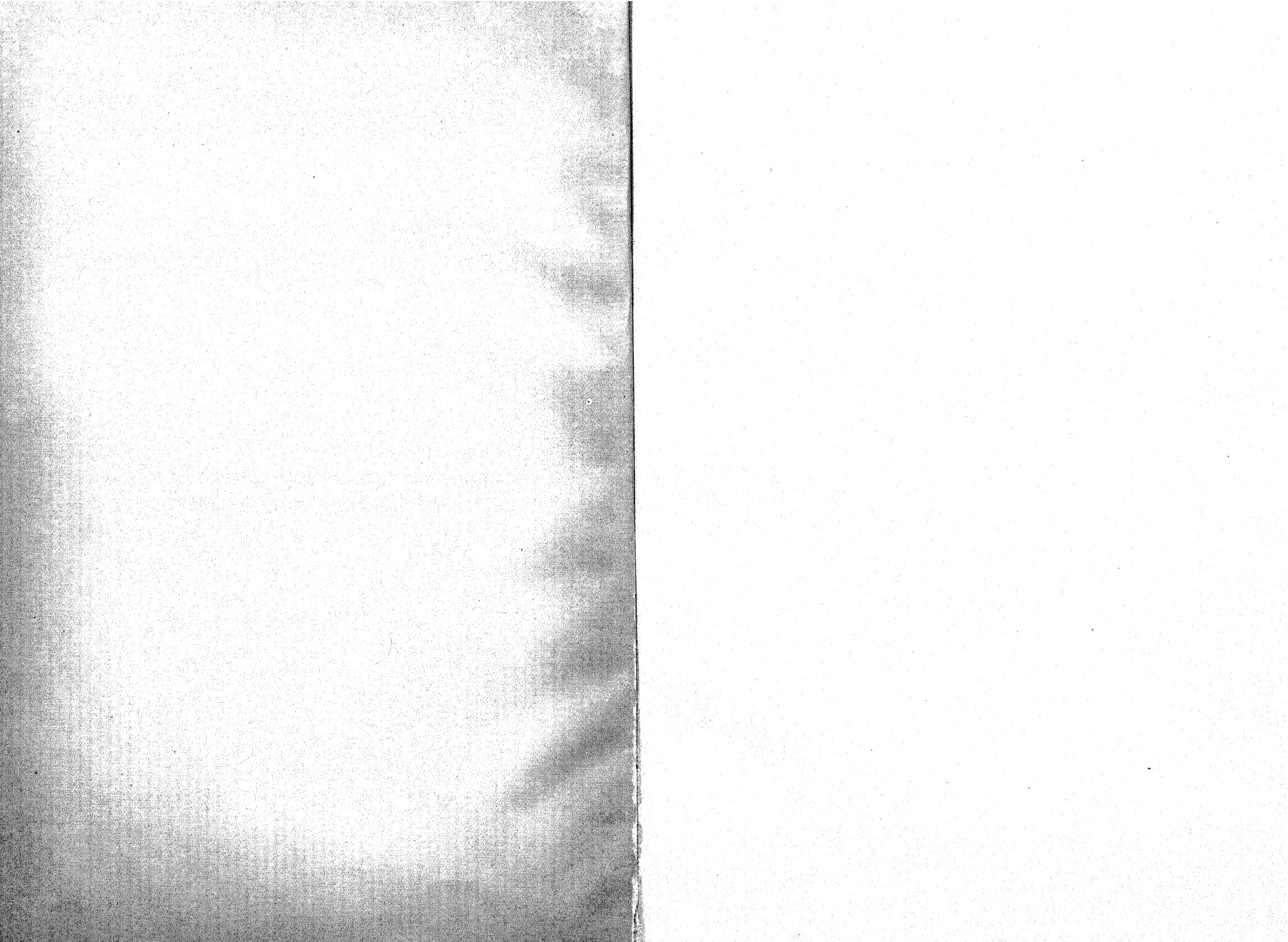
CASOS, DICHS
Y
ANÉCDOTAS

MOJERAS DEL PUEBLO
BICENTENARIO

A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR
LIBRERÍA NACIONAL



**Casos, Dichos
y
Anécdotas**





Samuel Bixson

Casos, Dichos

Anecdotas

El mundo de la lengua y el platón

(Parte de estos escritos son inéditos)

Montevideo - 1909

Editorial de R. Borrero y Ramos

de Mayo con Juan C. Gómez

20 d 910



Samuel Blixén

Casos, Dichos
y
Anécdotas

Florilegio del ingenio rioplatense

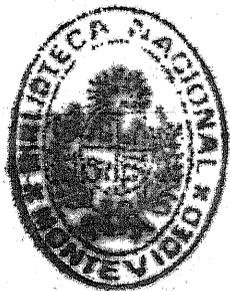
(Parte de estos escritos son inéditos)

22. 183
Montevideo • 1909

Librería Nacional de R. Barreiro y Ramos

25 de Mayo esq. Juan C. Gómez

APN 265. B4



Entrad á ver las flores...

HE aquí un encantador invernáculo del "esprit". Las flores más raras y caprichosas, bajo la propicia claridad difusa que penetra por los cristales, abren sus mágicas corolas y se extienden en perfumes sutiles. En medio de la plácida temperatura que las alberga, dicen cada una de ellas, con las mil variaciones de sus formas y colores, el "quid divinum" que las despertó á la vida. Suntuarias orquideas — las flores más altas del pensamiento — ostentan sus regias vestiduras, donde una brizna de oro, una estela ingenua, un capricho delicado rememora la viril sustancia química que presidió á su creación. Elegantes crisantemos, de cien pétalos finísimos como cintas de una moña funambulesca, cantan poemas caprichosos de donaire y elegancia. Thunias albas, de un candor adorablemente femenino, ocultan, como mujeres, las picardías eróticas que hierven en su seno. Hojas fabulosas, de satíricas contorsiones, pintadas como coupletistas del Casino, que no necesitan rodear la realeza de

una flor para inspirar ideas de cortes orientales, desbordan la alegría triunfal de la Vida entre los abanicos flexibles de palmas tropicales y las filigranas nimias de los helechos raros. Y así, como en una visión encantada, mezcladas y confundidas, flores y hojas dejan en el espíritu ora un rasgo, ora un matiz. Se sale de este extraordinario invernáculo con una alegría nueva en el corazón, con una chispa de luz en el cerebro....

Una frase, un breve comentario, una inusitada ironía, un picaresco "calembour" — son flores maravillosas que nacen en los jardines del espíritu, bajo la propicia claridad de una amable filosofía, al calor de un seno que no conoce la envidia ó el rencor.

La amable manía del jardinero que ha reunido todas esas maravillas, delata á un espíritu enamorado de la existencia. Sabe sentir las infinitas medias tintas de las corolas opulentas; sabe interpretar la risa trivial de una hoja de gró recortada como un clown. Y, benévola, con la benevolencia de los grandes señores por las pequeñeces encantadoras que hacen tolerable la vida, sonríe, sonríe siempre, en medio de la claridad difusa del fabuloso invernáculo....

Ya conocéis al jardinero de la dulce manía: entrad á ver sus flores.

Víctor Pérez Petit.

Casos, Dichos

y Anécdotas

Florilegio del ingenio
rioplatense

El general Mitre no era aficionado á cuentos, de manera que uno suyo, aunque no sea mayormente feliz, tiene por fuerza que ser interesante, como toda rareza, como toda excepción.

Un domingo, en torno á la mesa del ilustre general, estaban reunidos casi todos los miembros de su familia. Á los postres, alguien hizo un cuento que fué muy festejado y la conversación tomó un giro de alegría y de libertad poco acostumbrado en

las sobremesas de la vieja casa de la calle San Martín.

Á lo mejor el general alzó la voz en medio de la garrulería de las pláticas parciales, y el silencio más completo y respetuoso reinó al punto en el vasto comedor.

—El cuento que acaba de contar Fulano—dijo el grande hombre—me recuerda otro muy ocurrente. Cierta vez un amigo mío fué á visitar á una señora que habitaba un entresuelo. Á lo mejor de la conversación oyeron en el techo dos golpecitos.... pim!... pim!... como de dos botines que cayeran al suelo. Casi inmediatamente se oyeron otros dos golpes más fuertes.... pom!.... pom!.... como de otro calzado de mayores dimensiones. Entonces mi amigo dijo á la señora con quien conversaba: “Á juzgar por el estruendo, su vecino del piso de arriba, usa botas granaderas.”—Y la seño-

ra contestó sencillamente:— “No es vecino; es vecina.”

Todos festejaron discretamente el cuento del general, pero una de sus jóvenes parientas, que no había comprendido, formuló esta pregunta candorosa:

—¿Y qué importaba que fuera vecina ó vecino?

—Hija—contestó el general Mitre impaciente— si no comprendes, no me corresponde explicarte ahora y coram populo en que consiste la gracia del cuento....



Atribúyese á la señora de un diplomático americano, la manía de traducir literalmente al francés las locuciones familiares del castellano. Así, según cuentan, di-

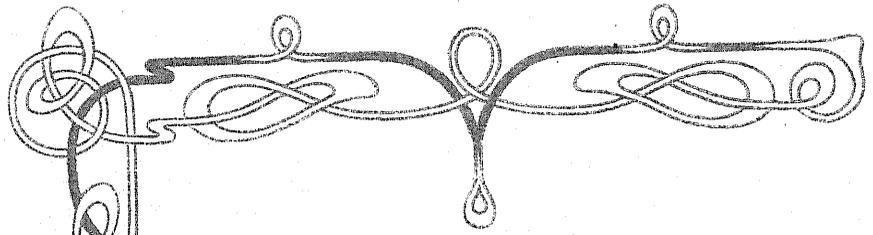


Casos, Dichos y Anécdotas

cha señora, en cierta reunión oficial, habría exclamado con mucho énfasis: Tout va de manteau tombé!— Quería decir: Todo va de capa caída! Esa misma señora decía: les fourchettes de la dette, por: “los tenedores de la deuda!”

Cierta vez durante su estadía en Roma, perdió la misma señora un anillo de mucho valor. Lo hizo buscar, pero infructuosamente, en el Hotel que habitaba, y que era uno de los más lujosos y afamados de la ciudad del Tiber. Por más que su marido le prometía comprarle otra alhaja igual, la buena señora se sentía preocupada por la pérdida, pues para ella el anillo tenía sobre todo valor de afección.

Al salir una tarde del Hotel, la señora equivocó la escalera y uno de los criados, advirtiendo el error, le dijo obsequiosamente, con una mezcla de italiano y francés:



Casos, Dichos y Anécdotas

— Madame: la sortita est par ici!
La señora dió un grito de alegría, y llamando á voces á su marido que en ese momento salía al corredor, le comunicó la grata nueva:

— ¡Fulano! ¡Fulano! ¡Qué suerte!
¿Sabes lo que dice este criado? Que la sortija ha parecido!



Moriase Sarmiento, y en torno á su lecho reinaba el silencio augusto de los momentos definitivos. Los deudos, contemplaban, desolados, el avance trágico de la agonía. Oíase tan sólo el continuo estertor del moribundo.

Sarmiento entreabrió los ojos y movió apenas los labios.

— Siento en los pies — dijo en un suspiro — el frío del bronce....

Alguien se precipitó, con un edre-

dón, para cubrir los pies del grande hombre.

Este sonrió extendiendo la mano:

— Es inútil — murmuró. — El frío que siento es el de la Muerte.... y el de la Estatua!

Fué su última frase.



Sarmiento era ministro; Manuel Quintana era diputado, recientemente salido del cascarón electoral, con justificada reputación de hombre ardoroso, inteligente, y de fácil palabra.

En una sesión de la Cámara, Sarmiento, se presentó á dar ciertas explicaciones que le habían pedido. Durante su peroración, Quintana le interrumpió varias veces. Sarmiento continuó, imperturbablemente el hilo de su discurso, sin atender á los

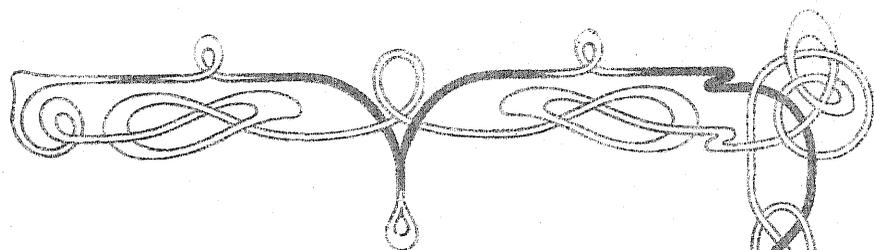
pinchazos oratorios de su entonces joven y fogoso contrincante. Esta indiferencia mortificó á Quintana, quien, en cuanto dejó la palabra el ministro, la tomó para enrostrarle su descortesía. Sostuvo que era de práctica parlamentaria atender las interrogaciones, y que no se debía ni se podía ser grosero con personas, “que si bien no tenían el claro y superior intelecto del señor ministro, quizás le aventajaran en firmeza de convicciones y en pureza de principios.”

Al oír estas palabras, Sarmiento volvióse hacia Quintana y le dijo:

— ¿Me permite una interrupción el señor diputado?

Quintana, afectando gran deferencia para que contrastara con la aspereza que había enrostrado á Sarmiento, contestó con su más amable entonación de voz:

— ¡Cómo no, señor ministro!



Casos, Dichos y Anécdotas

Sarmiento se dirigió á un oficial de sala y le ordenó:

— Traígame un vaso de agua.

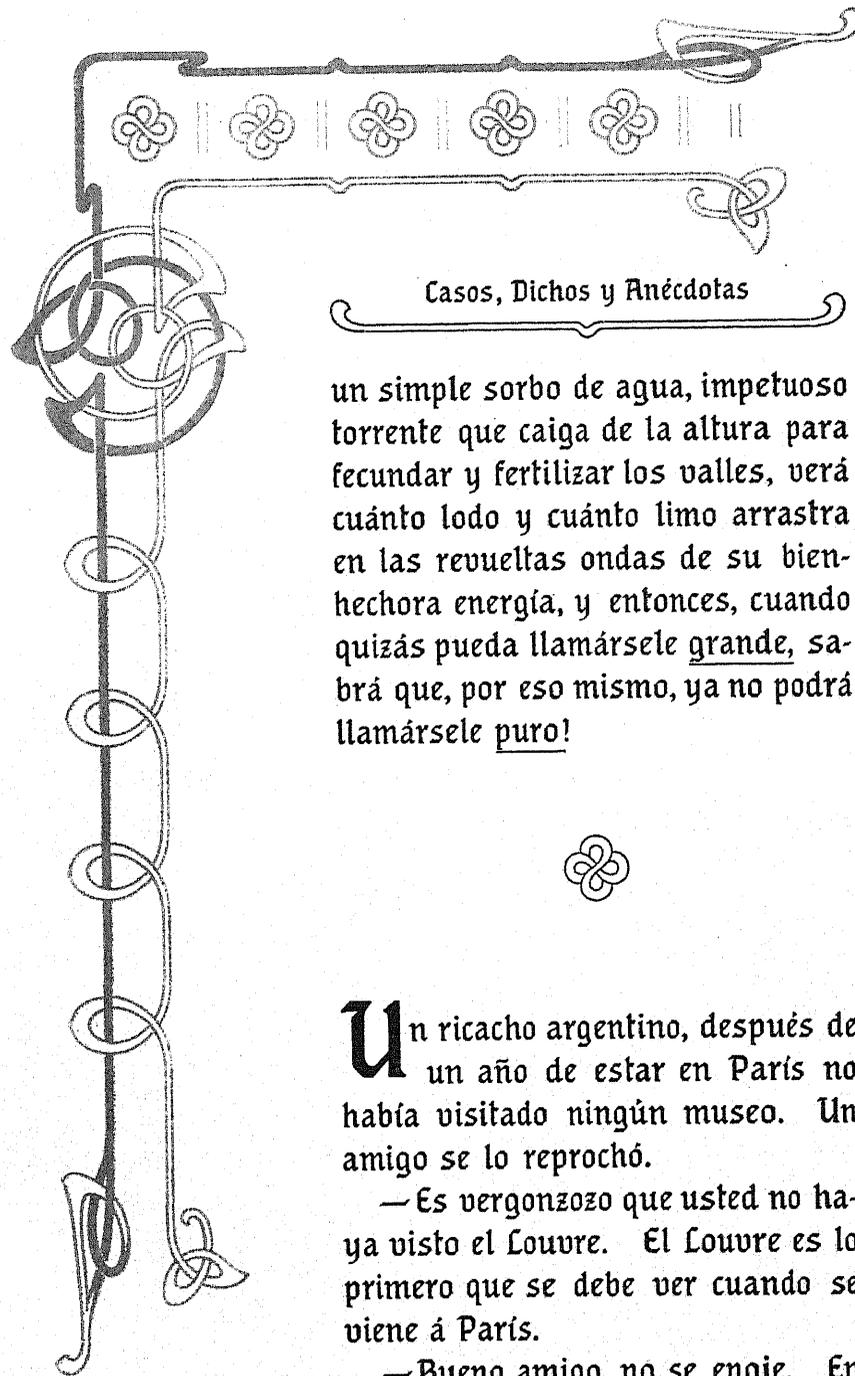
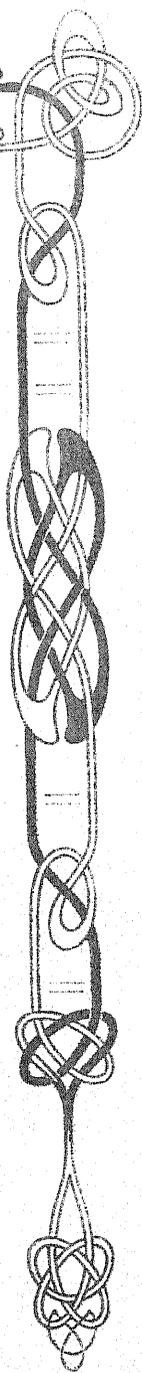
Salió el ujier, y Sarmiento en vez de hacer uso de la palabra, se puso á mirar al techo y tamborilar con los dedos en los brazos de su sillón azul. Toda la Cámara esperó dos ó tres minutos, sumida en la mayor sorpresa, hasta que volvió el ujier con la copa de agua.

Entonces, Sarmiento, levantando la copa en alto, dirigió á Quintana estas palabras:

— El señor diputado, se jacta de su pureza.... En efecto como el agua de este vaso, es claro, límpido y puro. Pero también es insignificante é ino-
cua como esta agua cristalina....

Y alineando la voz en uno de sus magníficos arranques oratorios, agregó:

— Cuando el señor diputado, con el correr del tiempo, sea, en vez de



Casos, Dichos y Anécdotas

un simple sorbo de agua, impetuoso torrente que caiga de la altura para fecundar y fertilizar los valles, verá cuánto lodo y cuánto limo arrastra en las revueltas ondas de su bienhechora energía, y entonces, cuando quizás pueda llamársele grande, sabrá que, por eso mismo, ya no podrá llamársele puro!



Un ricacho argentino, después de un año de estar en París no había visitado ningún museo. Un amigo se lo reprochó.

— Es vergonzoso que usted no haya visto el Louvre. El Louvre es lo primero que se debe ver cuando se viene á París.

— Bueno amigo, no se enoje. En

cuanto tenga un rato desocupado, voy á enterarme de lo que es esa maravilla.

Una semana después los dos amigos se encontraron de nuevo.

—¿Sabe que tenía razón? exclamó el ricacho. Estuve anteayer en el Louvre. ¡Qué cosa magnífica, Don Torcuato!

—¡Ah! Ya sabía que le haría buena impresión.

—¿Cómo no? mi amigo, cómo no? Las galerías de pintura sobre todo. Figúrese: puro marco dorao!!

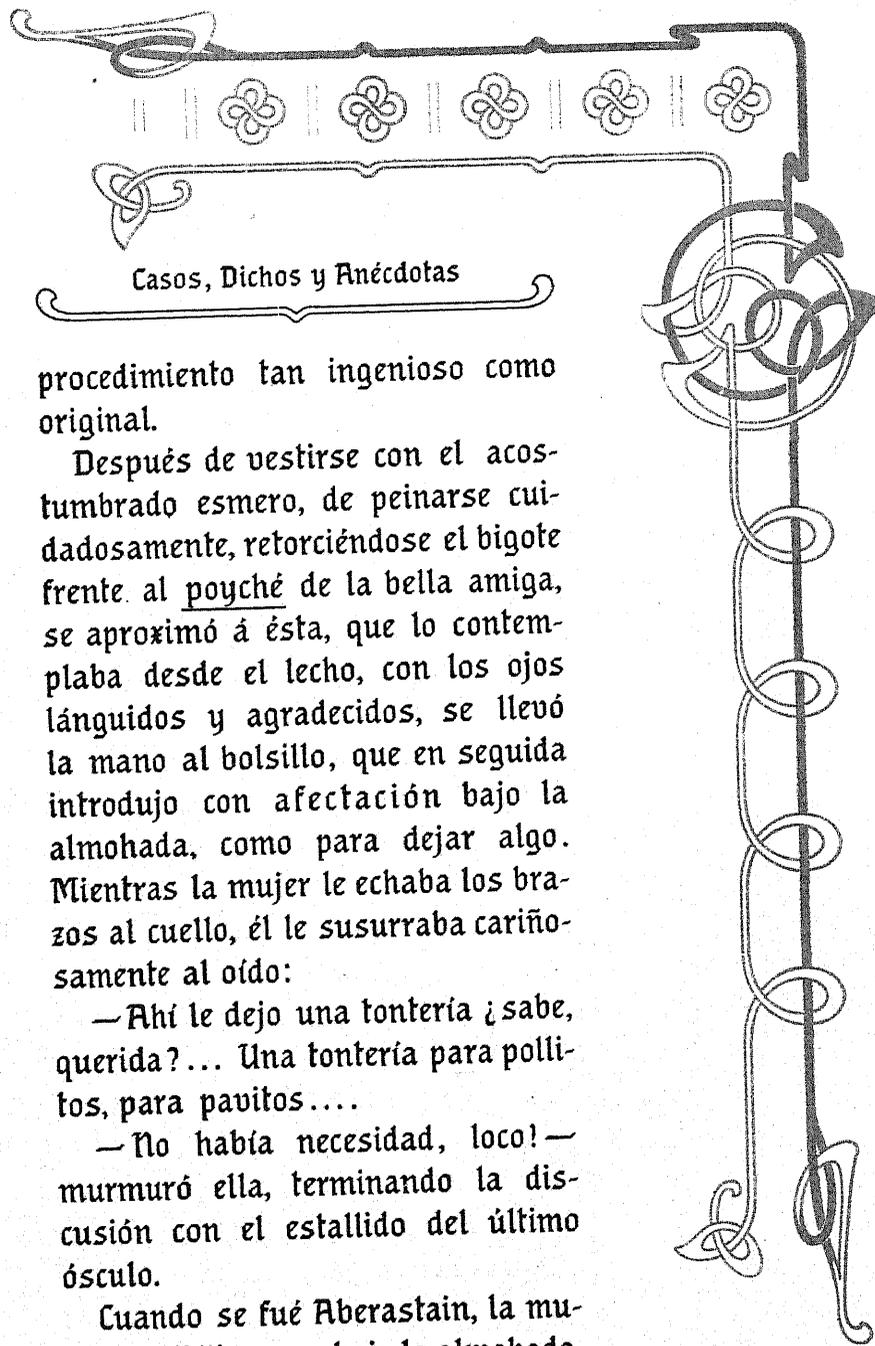


Aberastain, joven sanjuanino, tuvo que emigrar á Chile en cierta ocasión. Allí se juntó con la juventud más alegre de Santiago,

que lo agasajó en extremo, incorporándolo á todas sus fiestas. Aberastain, que tenía más capital de buen humor que de dinero, seguía sin embargo, la caravana, como vulgarmente se dice, sin pensar en las consecuencias posibles.

Había por aquel entonces en la capital de Chile una mujer muy hermosa, de cascos alegres, y de grandes pretensiones. Aberastain la hizo la corte durante varios días, y á pesar de que sus amigos le advirtieron que la diversión le saldría cara, resolvió llevar adelante la aventura.

En efecto: al poco tiempo el simpático sanjuanino fué admitido al petit coucher de la fastuosa cortesana, y no salió de su alcoba hasta la mañana siguiente. Según la crónica escandalosa de Santiago, Aberastain salvó las dificultades financieras de la despedida, por un



Casos, Dichos y Anécdotas

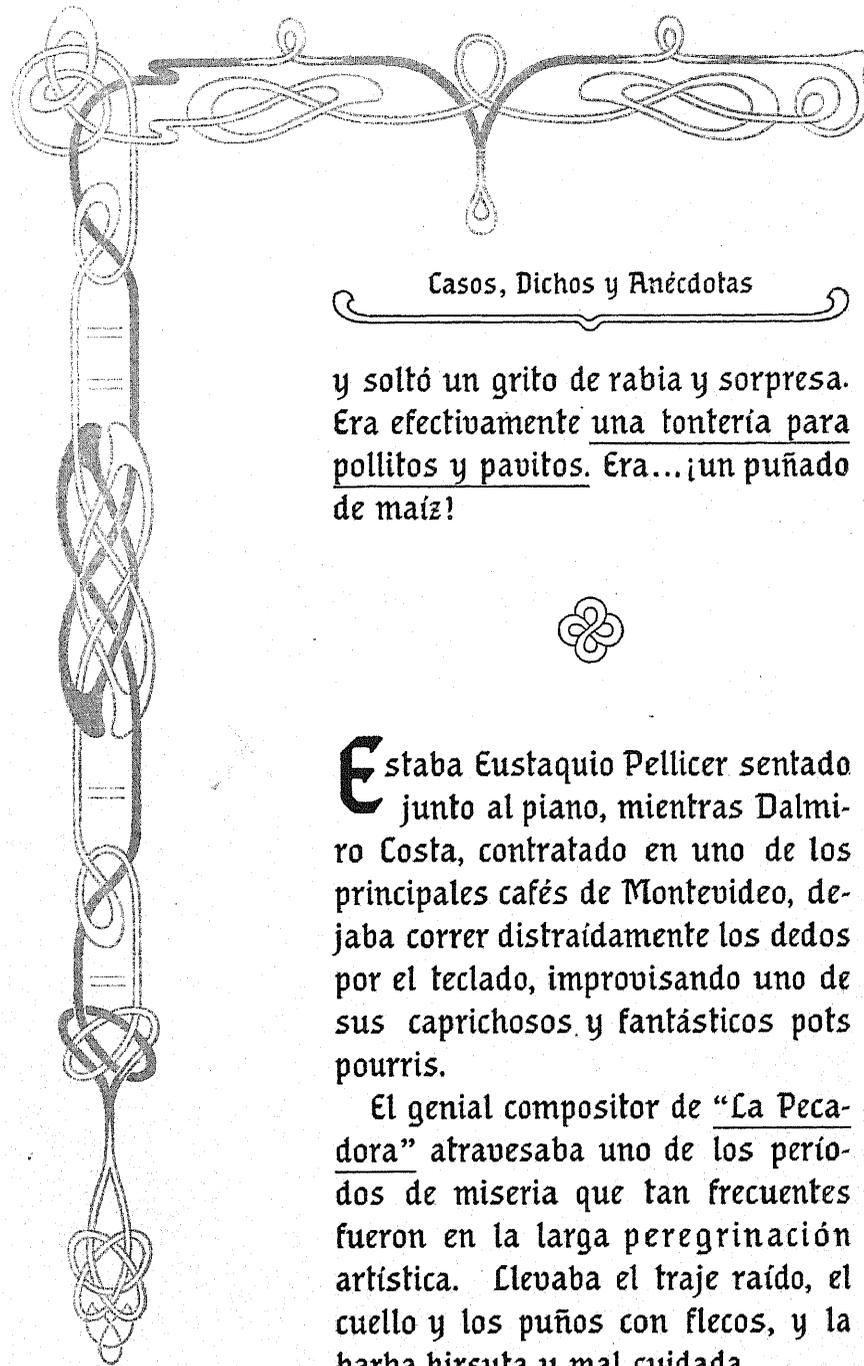
procedimiento tan ingenioso como original.

Después de vestirse con el acostumbrado esmero, de peinarse cuidadosamente, retorciéndose el bigote frente al poyché de la bella amiga, se aproximó á ésta, que lo contemplaba desde el lecho, con los ojos lánguidos y agradecidos, se llevó la mano al bolsillo, que en seguida introdujo con afectación bajo la almohada, como para dejar algo. Mientras la mujer le echaba los brazos al cuello, él le susurraba cariñosamente al oído:

— Ahí le dejo una tontería ¿sabe, querida?... Una tontería para pollitos, para pavitos....

— No había necesidad, loco! — murmuró ella, terminando la discusión con el estallido del último ósculo.

Cuando se fué Aberastain, la mujer hundió la mano bajo la almohada,



Casos, Dichos y Anécdotas

y soltó un grito de rabia y sorpresa. Era efectivamente una tontería para pollitos y pavitos. Era... ¡un puñado de maíz!



Estaba Eustaquio Pellicer sentado junto al piano, mientras Dalmiro Costa, contratado en uno de los principales cafés de Montevideo, dejaba correr distraídamente los dedos por el teclado, improvisando uno de sus caprichosos y fantásticos pots pourris.

El genial compositor de "La Pecadora" atravesaba uno de los períodos de miseria que tan frecuentes fueron en la larga peregrinación artística. Llevaba el traje raído, el cuello y los puños con flecos, y la barba hirsuta y mal cuidada.

Casos, Dichos y Anécdotas

Pellicer se acercó á Dalmiro y le preguntó:

—¿En qué tono está usted improvisando, Maestro?

—Hijito —contestó Dalmiro Costa clavando en el cielo raso, á través de gafas, la mirada azul y distraída, mientras apoyaba las manos enormes sobre las teclas en un acorde vigoroso.—Yo cambio constantemente de tono; hace un rato estaba en re menor, pero ahora estoy en la mayor....

—Sí, ya lo veo —interrumpió Pellicer.—¿Está en la mayor indigencia!



En la época en que el acaudalado confitero Rovera cambió por completo la apariencia de su acreditado establecimiento, haciendo grandes y

Casos, Dichos y Anécdotas

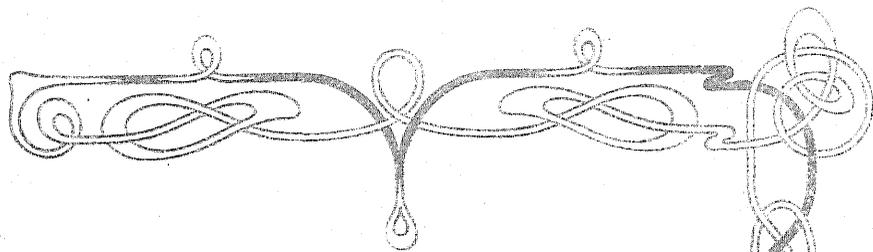
lujosas instalaciones, Pellicer dejó escrita con lápiz, sobre el mármol de una mesa del café la siguiente cuarteta tan injusta como chistosa:

Al mirar como prospera
Rovera en este lugar,
Me pongo á considerar:
¿Cuánto roverá Rovera?



La conocida actriz Concepción Aranz, mujer graciosa y picante lucía una noche la perfección de sus formas, en el provocativo desnudo que impone á las actrices la vieja zarzuela bufa El Joven Telémaco. Esto pasaba en uno de los pequeños teatros de Buenos Aires.

Un periodista muy conocido en ambas márgenes del Plata fué á visitar á la actriz en su camarín, y la



Casos, Dichos y Anécdotas

encontró echada sobre un canapé, luciendo la torneada pantorrilla que asomaba por la abertura lateral del péplum y el minúsculo piececillo calzado con el coturno.

La Aranaz parecía sufrir, pálida y ojerosa exhalaba suspiros casi quejumbrosos. El periodista le preguntó afectuosamente:

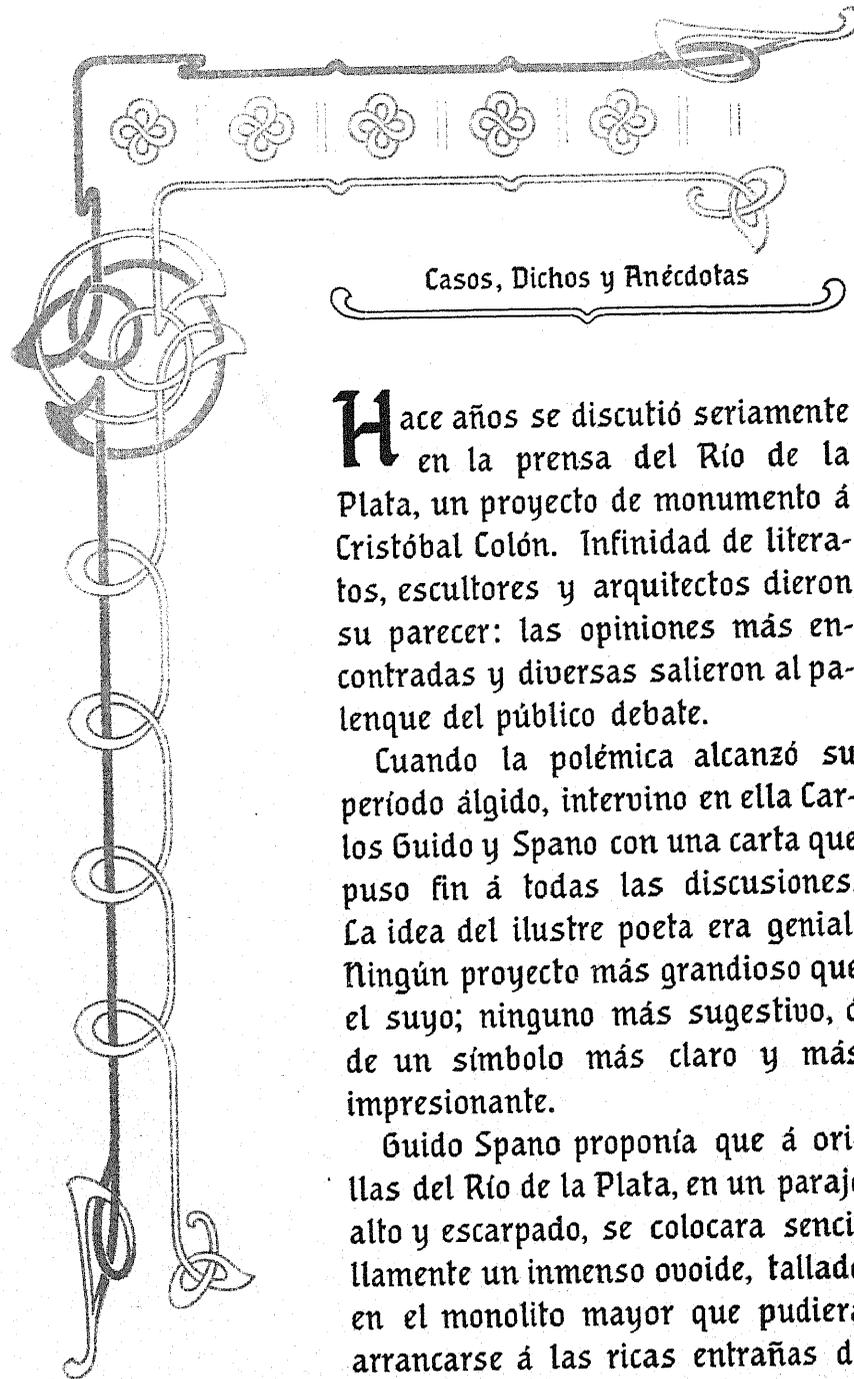
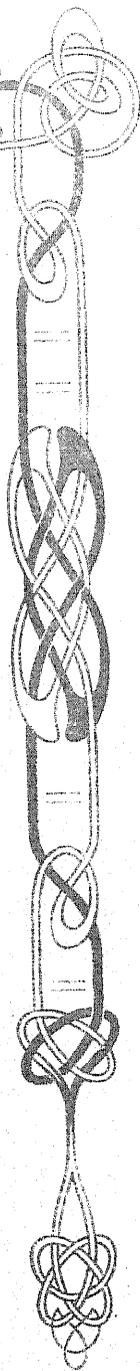
— Conchita, ¿qué tiene usted?

— ¡Ay, hijo! Esta tarde cometí la imprudencia de comer caracoles, y los malditos bichos se me han puesto de punta en el estómago.

— Eso era fatal — contestó sonriendo el periodista.

— ¿Cómo fatal?

— Sí, Conchita. Al verla á usted tan provocativa y tan bella ¿qué bicho hay que no se ponga de punta?



Casos, Dichos y Anécdotas

Hace años se discutió seriamente en la prensa del Río de la Plata, un proyecto de monumento á Cristóbal Colón. Infinidad de literatos, escultores y arquitectos dieron su parecer: las opiniones más encontradas y diversas salieron al palenque del público debate.

Cuando la polémica alcanzó su período álgido, intervino en ella Carlos Guido y Spano con una carta que puso fin á todas las discusiones. La idea del ilustre poeta era genial. Ningún proyecto más grandioso que el suyo; ninguno más sugestivo, ó de un símbolo más claro y más impresionante.

Guido Spano proponía que á orillas del Río de la Plata, en un paraje alto y escarpado, se colocara sencillamente un inmenso ovoide, tallado en el monolito mayor que pudiera arrancarse á las ricas entrañas de

las canteras del Tandil. Eso bastaba para expresar toda la grandeza del descubridor de América. En la base del monumento, Guido y Spano imaginaba la inscripción siguiente: "Este es el huevo de Colón. Calculad por él, cómo sería el hombre".



En cierta ocasión el mayor Díaz, á la hora de la siesta, llegaba al trotecito de su caballo á una estancia del departamento de Canelones.

El dueño, al sentir el ladrido de sus perros, salió de las casas para ver quién era el visitante. Al reconocer al mayor, que era su amigo, lo invitó afectuosamente á descansar unas horas. El mayor dijo que iba de prisa, y que sólo admitiría unos

mates, mientras su caballo tomaba un resuello.

Sentáronse bajo un enorme ombú, que frente á la casa extendía un ancho círculo de sombra, y un negrito comenzó á traer los amargos. De pronto, el mayor Díaz, levantó los ojos y preguntó muy serio:

— ¿Qué árbol es éste?

— ¡Cómo, mayor! ¿Ud. quiere burlarse?... ¿No sabe cómo se llama este árbol?

— Le aseguro que no.

— ¿Quiere fumarme?

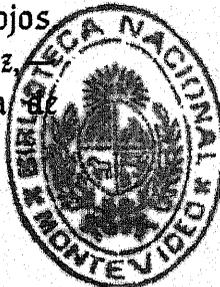
— ¿Qué esperanza!

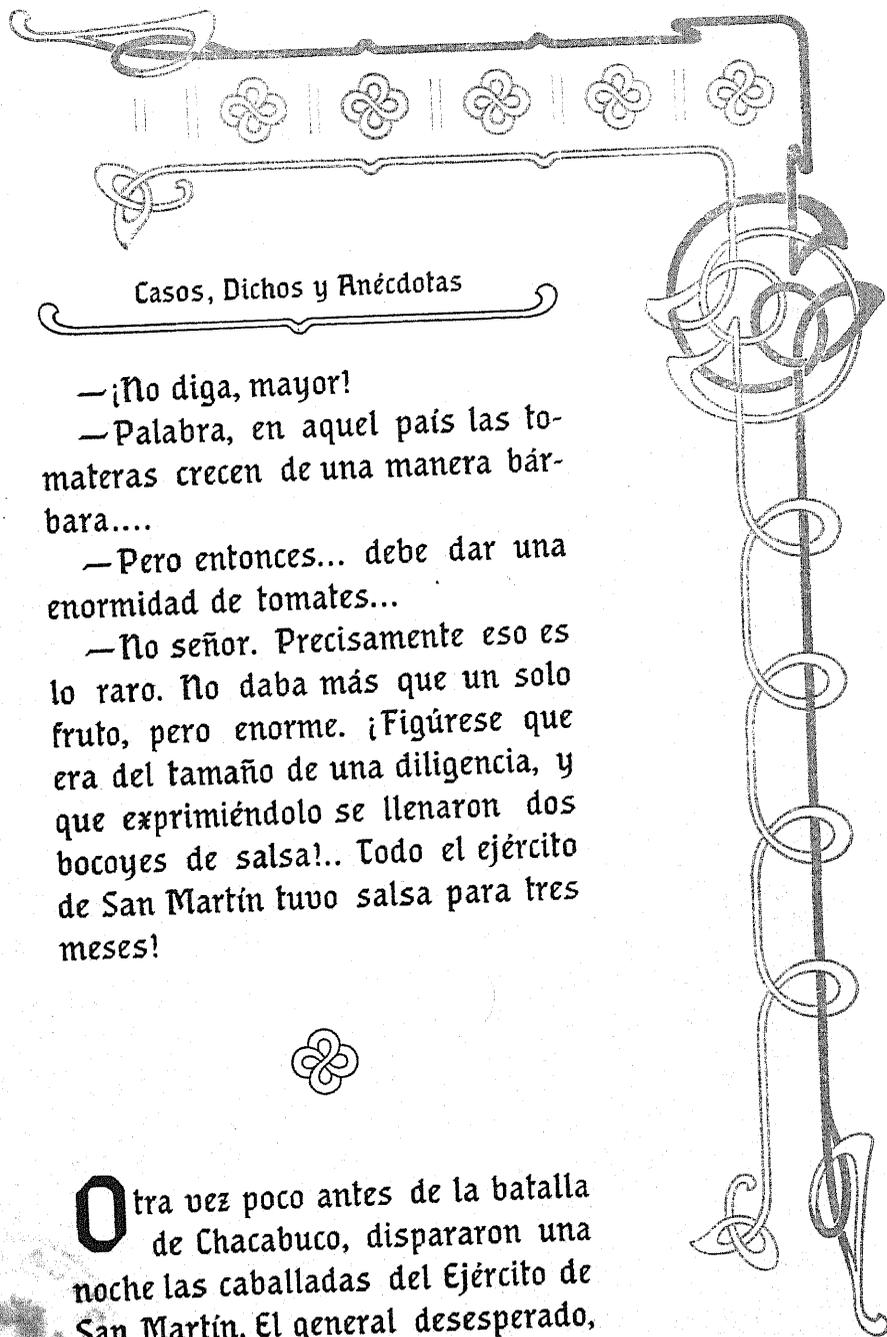
— Pero... ¿si es un ombú!

— ¡Ah! ¿Es un ombú? ¡Yo creía que era una tomatera!

El estanciero dió un salto sobre la cabeza de vaca en que estaba sentado, y abrió desmesuradamente los ojos.

— Sí— continuó el mayor Díaz, en Chile he visto una tomatera de ese tamaño....





Casos, Dichos y Anécdotas

— ¡No diga, mayor!

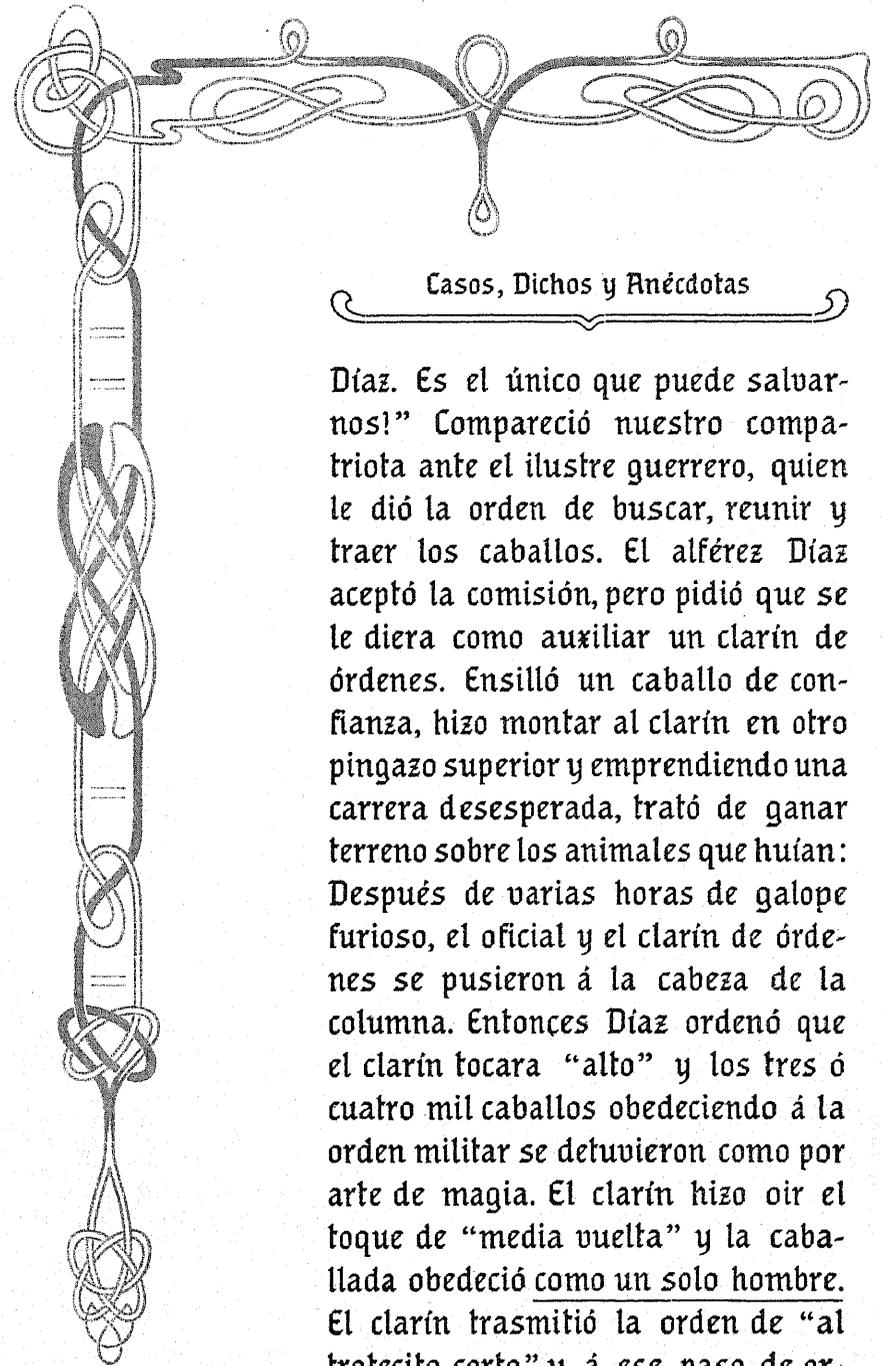
— Palabra, en aquel país las tomateras crecen de una manera bárbara....

— Pero entonces... debe dar una enormidad de tomates...

— No señor. Precisamente eso es lo raro. No daba más que un solo fruto, pero enorme. ¡Figúrese que era del tamaño de una diligencia, y que exprimiéndolo se llenaron dos bocoyes de salsa!.. Todo el ejército de San Martín tuvo salsa para tres meses!



Otra vez poco antes de la batalla de Chacabuco, dispararon una noche las caballadas del Ejército de San Martín. El general desesperado, exclamó: “Clamen al alférez Pascuat



Casos, Dichos y Anécdotas

Díaz. Es el único que puede salvarnos!” Compareció nuestro compatriota ante el ilustre guerrero, quien le dió la orden de buscar, reunir y traer los caballos. El alférez Díaz aceptó la comisión, pero pidió que se le diera como auxiliar un clarín de órdenes. Ensilló un caballo de confianza, hizo montar al clarín en otro pingazo superior y emprendiendo una carrera desesperada, trató de ganar terreno sobre los animales que huían: Después de varias horas de galope furioso, el oficial y el clarín de órdenes se pusieron á la cabeza de la columna. Entonces Díaz ordenó que el clarín tocara “alto” y los tres ó cuatro mil caballos obedeciendo á la orden militar se detuvieron como por arte de magia. El clarín hizo oír el toque de “media vuelta” y la caballada obedeció como un solo hombre. El clarín transmitió la orden de “al trotecito corto” y á ese paso de or-

denanza desfilaban poco después, por delante del atónito y agradecido San Martín, los sumisos y obedientes animales. Gracias á ese rasgo genial del alférez Díaz es que fué posible dar y ganar pocos días más tarde, la gloriosa batalla de Chacabuco...

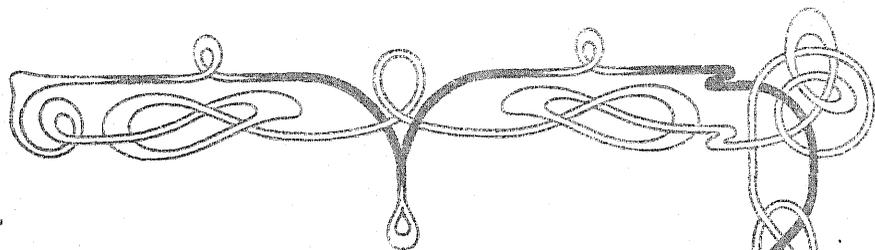


El mayor Pascual Díaz, oficial de San Martín en las guerras de la independencia, ha rivalizado con el andaluz Manolito Gásquez en materia de exageraciones y anécdotas inverosímiles; deja muy atrás á los dos barones de Gau y de Munahhausen, gascón el primero y alemán el segundo.

De las aventuras extraordinarias que narraba de continuo y que tanta fama le dieron, de sus infinitas proe-

zas y de sus singulares hechos de armas, se han popularizado algunas ocasiones que, por muy conocidas, no queremos reproducir en estas páginas. En ese caso están la descripción del banquete en Chacabuco, servido por dos regimientos de caballería, y el de la espada envenenada, el de la ascensión por un chorro que caía de lo alto, etc. etc.... En cambio salvaremos del olvido algunas de las anécdotas de Don Pascual, que siendo quizás menos grotescas, tienen mayores probabilidades de ser originales del famoso exagerador.

El mayor Díaz narraba que una vez, al atravesar un pajonal al galope de su caballo, había visto abalanzarse sobre él un perro cimarrón, que á juzgar por su pelo erizado, sus ojos sanguinolentos, y sus fauces cubiertas de espuma, debía estar rabioso. Con un hábil movimiento de la brida, evitó que el perro le clavase los

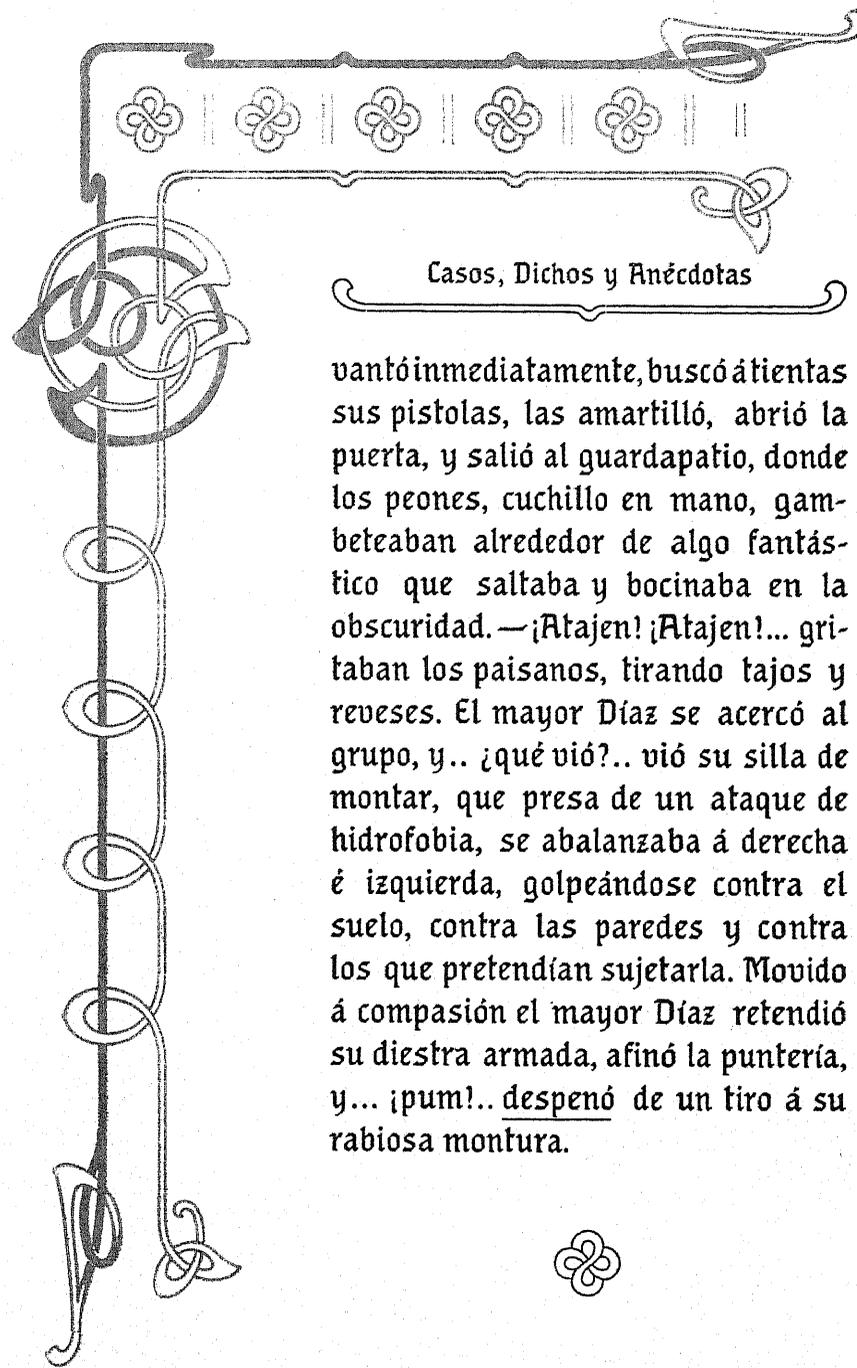
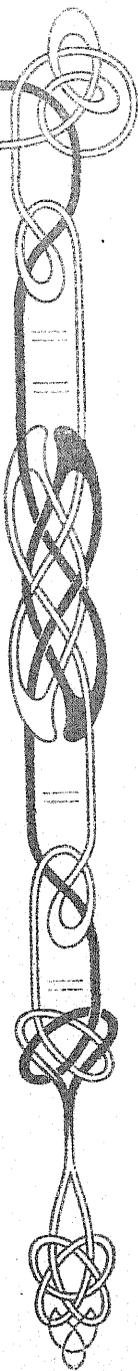


Casos, Dichos y Anécdotas

dientes en el muslo derecho, pero no pudo impedir que los clavara profundamente en el arzón de su silla de montar. Sin perder el ánimo, sacó una pistola de las pistoleras, la amartilló y metió tranquilamente una bala por la oreja al inoportuno perturbador de su viaje. El perro cayó redondo. El mayor Díaz no acostumbraba á quemar su pólvora en vano.

Siguió, siguió su camino, y á la noche llegó á una estancia en la cual le ofrecieron generosa hospitalidad. Desensilló é hizo llevar su caballo al pesebre y su montura al galpón. Después se sentó á la mesa, satisfizo un apetito feroz, y agotados los temas de una larga plática con el dueño de la casa, se fué á descansar de las fatigas de su viaje, en un lecho tan limpio como mullido.

Á eso de media noche, lo despertó un estruendo horrible. Vociferaciones, corridas, tiros: El mayor Díaz se le-



Casos, Dichos y Anécdotas

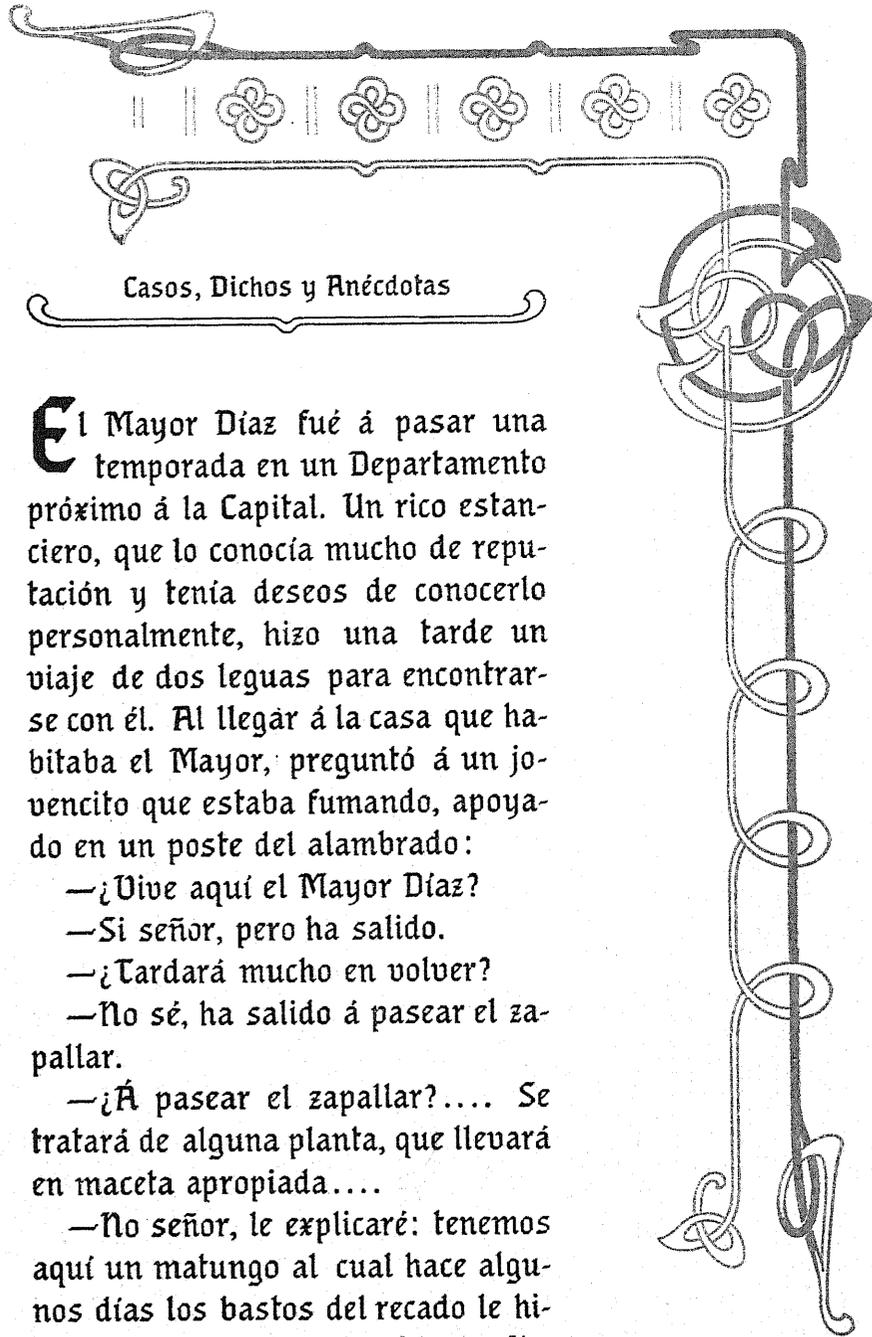
vantó inmediatamente, buscó á tientas sus pistolas, las amartilló, abrió la puerta, y salió al guardapatio, donde los peones, cuchillo en mano, gambeteaban alrededor de algo fantástico que saltaba y bocinaba en la obscuridad. — ¡Atajen! ¡Atajen!... gritaban los paisanos, tirando tajos y reverses. El mayor Díaz se acercó al grupo, y.. ¿qué vió?.. vió su silla de montar, que presa de un ataque de hidrofobia, se abalanzaba á derecha é izquierda, golpeándose contra el suelo, contra las paredes y contra los que pretendían sujetarla. Movido á compasión el mayor Díaz retendió su diestra armada, afinó la puntería, y... ¡pum!.. despenó de un tiro á su rabiosa montura.



El mismo Don Pascual Díaz contaba que una vez el general San Martín lo llamó á media noche, y le ordenó que partiera inmediatamente en calidad de chasque, á llevar ciertos pliegos de importancia. El joven oficial se dirigió sin perder tiempo al paraje donde estaba reunida la caballada, y en la obscuridad procuró hacerse de un flete regular. Por fin tropezó con un bayo bajito, pero robusto, y sin más ni más le metió el freno, y echándole las pilchas sobre el lomo, le apretó la cincha como para un galope largo. Montó, clavó espuelas al bayo, que soltó un extraño relincho y dió tres ó cuatro balances prodigiosos. Pero por fin fué dominado por el jinete, que lo hostigaba con el látigo y la espuela.

Pero Don Pascual Díaz notaba que el trote de aquel petizo no era un trote regular, y que avanzaba en

medio de la noche saltando de una manera extraña. Por fin, el fantástico animal inició una carrera extravagante, salvando zanjas, barrancas y arroyos, saltando por encima de arbustos y peñascos, y dejando oír, de vez en cuando, un sordo gruñido amenazador. El jinete cada vez más extrañado, comenzaba á sorprenderse, por más que fuera hombre de no sorprenderse de nada, cuando á las primeras luces de la aurora, salió de sus dudas, notando que iba montado... en un tigre!! Sin amilanarse por eso, volvió á clavar espuelas en los flancos del animal, completamente amansado, y en pocas horas más llegó al término de su viaje, entregando felizmente los pliegos de que era portador. En cuanto al tigre, tomó tal cariño á su valeroso jinete, que lo seguía después por todas partes como un perrillo faldero.



Casos, Dichos y Anécdotas

El Mayor Díaz fué á pasar una temporada en un Departamento próximo á la Capital. Un rico estanciero, que lo conocía mucho de reputación y tenía deseos de conocerlo personalmente, hizo una tarde un viaje de dos leguas para encontrarse con él. Al llegar á la casa que habitaba el Mayor, preguntó á un jovencito que estaba fumando, apoyado en un poste del alambrado:

—¿Vive aquí el Mayor Díaz?

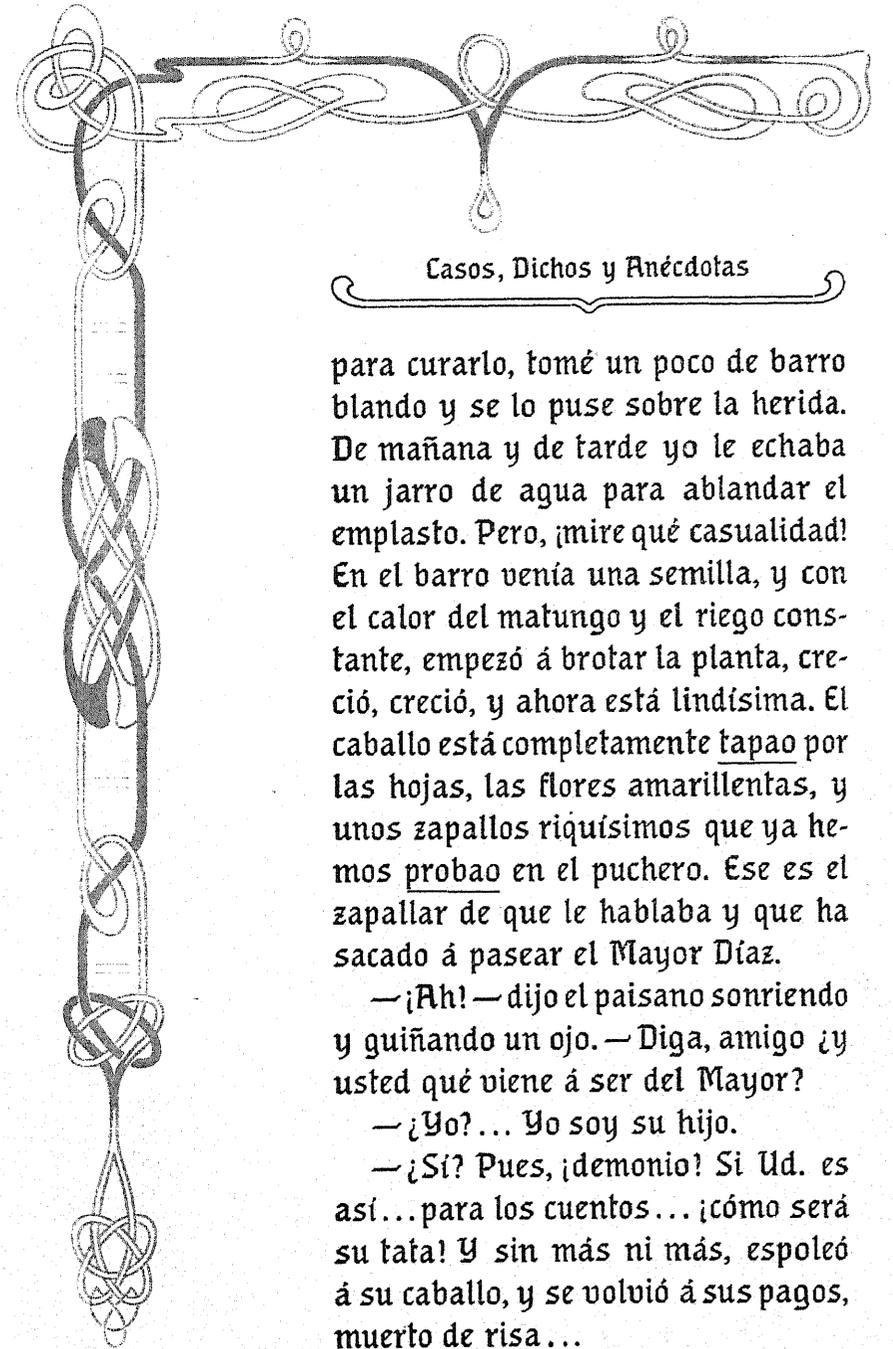
—Si señor, pero ha salido.

—¿Tardará mucho en volver?

—No sé, ha salido á pasear el zapallar.

—¿Á pasear el zapallar?... Se tratará de alguna planta, que llevará en maceta apropiada....

—No señor, le explicaré: tenemos aquí un matungo al cual hace algunos días los bastos del recado le hicieron una matadura en el lomo. Yo,



Casos, Dichos y Anécdotas

para curarlo, tomé un poco de barro blando y se lo puse sobre la herida. De mañana y de tarde yo le echaba un jarro de agua para ablandar el emplasto. Pero, ¡mire qué casualidad! En el barro venía una semilla, y con el calor del matungo y el riego constante, empezó á brotar la planta, creció, creció, y ahora está lindísima. El caballo está completamente tapao por las hojas, las flores amarillentas, y unos zapallos riquísimos que ya hemos probao en el puchero. Ese es el zapallar de que le hablaba y que ha sacado á pasear el Mayor Díaz.

—¡Ah! — dijo el paisano sonriendo y guiñando un ojo. — Diga, amigo ¿y usted qué viene á ser del Mayor?

—¿Yo? ... Yo soy su hijo.

—¿Sí? Pues, ¡demonio! Si Ud. es así... para los cuentos... ¡cómo será su tata! Y sin más ni más, espoleó á su caballo, y se volvió á sus pagos, muerto de risa...

El conocido pianista Yrigoyen es hombre de buenas ocurrencias.

—Lo primero que hice todo Presidente — decía una vez — en cuanto sube á la primera magistratura, es tratar á sus conciudadanos de inútiles...

— ¿Cómo es eso?

— Es claro, lo que hacen es firmar documentos que empiezan siempre así: "El Presidente de la República, decreta".... Si el presidente es de Creta... ¿Qué son sus conciudadanos, sino cretinos?



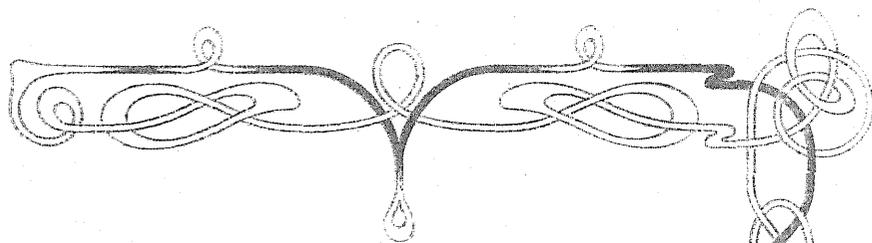
El mismo, era asiduo visitante del Doctor Julio Herrera y Obes, á quien entretenía algunas veces y fastidiaba otras muchas. Una vez, can-

sado de oírle decir extravagancias, el distinguido hombre público dijo al pianista: Yrigoyen, ¿nadie puede disputarle el título de primer majadero del siglo?

El pianista, muy ofendido, repetía la frase á un amigo suyo y agregaba este comentario:

En el primer momento la ofensa me afectó mucho y estuve dudando si le mandaríá á Julio mis padrinos... ¡El primer majadero del siglo! La injuria debía lavarse con sangre... Pero después recordé que sólo faltaban tres meses para que finalizara el siglo XIX, y me convencí, de que, por tan poco, no valía la pena de levantarse temprano para ir al terreno.





Casos, Dichos y Anécdotas

Dalmiro Costa estaba una noche en la imprenta de "La Nación" de Buenos Aires, cuando entró Carlos Urién que venía del Teatro San Martín donde se acababa de estrenar "Evangelina", ópera del maestro argentino Berrutti.

En cuanto vió al genial compositor, Urién fué á preguntarle si había asistido al estreno de la nueva ópera. Dalmiro contestó:

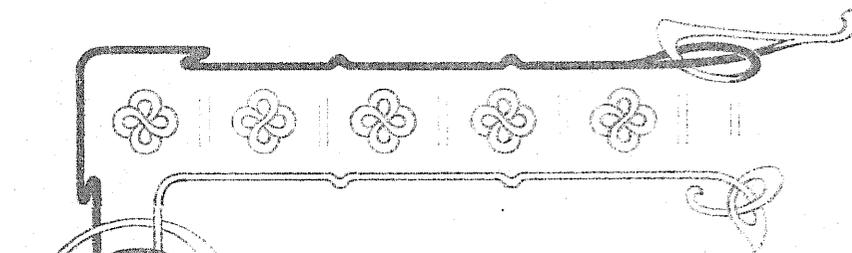
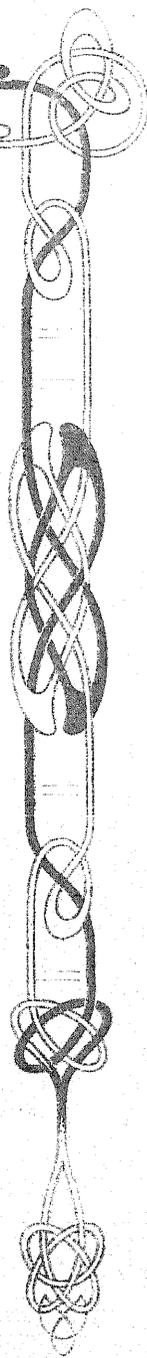
— No, mi hijito: Yo no voy al teatro. No tengo entrada de favor. ¡Y cómo voy á ir, con esta facha!

— ¡Pero hombre! ¡Parece imposible! Un músico como Ud. no podía faltar á esa solemnidad artística...

— Es verdad, mi hijito... pero los pobres no podemos todo lo que deseamos...

— Pero, ¿conoce Ud. á Berrutti?

— ¡Á Berrutti?... No creo... ¿Quién es Berrutti?



Casos, Dichos y Anécdotas

— ¡Pero habrá oído algo suyo?

— Sí, me parece recordar... Una vez en el almacén de música de Hartmann... este Aguirre, ¿sabe? que es un santo, se empeñó en hacerme oír un gato compuesto por ese señor... Sí, eso es.

— Y qué le pareció el gato, Dalmiro?

Á mí, mi hijito... Me pareció un perro !!



El autor de una zarzuela que es aplaudida, encontró á Dalmiro Costa en la calle.

— Don Dalmiro, ¿no ha ido á ver mi obra? — le preguntó.

— No, mi hijito. Y tengo muchas ganas de oír su música.

— ¡Uaya pues esta noche, la aplauden muchísimo.

— Pues prefiero esperar á que la silben...

— Á que la silben?

— Si, á que la silben por las calles....



Dalmiro vivía siempre en las regiones azules. Odiaba la prosa de la vida. Era, por consiguiente, enemigo de todo Realisius en literatura.

— Julio Piquet, gran admirador de Zola, traducía una de las últimas novelas del gran escritor para el folletín de "La Nación" bonaerense.

Una vez entró Dalmiro en el escritorio de Piquet y encontró, sobre la mesa, unos originales de la traducción. Los estuvo leyendo un rato, y por fin, tomando la pluma, escribió

con letra menudita en el rincón de una página, el siguiente poema:

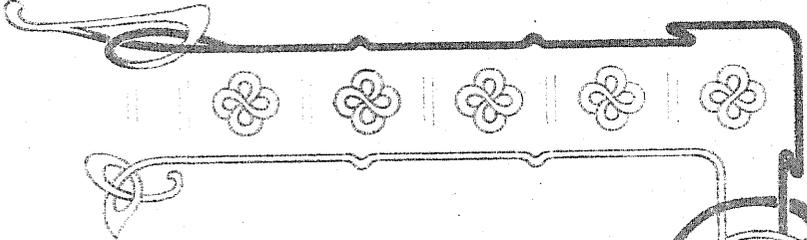
"Naturalismo"

Lola, en el pasto verde te ví echada
Como una vaca gorda.... ¡qué recuerdos!
Lanzó un relincho el alma enamorada,
Y nos amamos.... ¡como un par de cerdos!



El "New York Herald" tenía en Buenos Aires de corresponsal á un señor Wolff, un yanqui de más humor que el mismo Mark Twain.

Cuando la guerra de España con los Estados Unidos, iba todas las noches á la redacción de "La Nación" á recoger noticias. Uno de los correctores del diario, andaluz muy jactancioso, se complacía en buscarle la boca al yanqui, procurando sacarlo de sus casillas.



Casos, Dichos y Anécdotas

— Mister — le dijo una noche —
¿sabe la noticia? El general Weyler
con cien mil españoles va á desem-
barcar en la Florida y ahora veremos
qué piensan hacer ustedes.

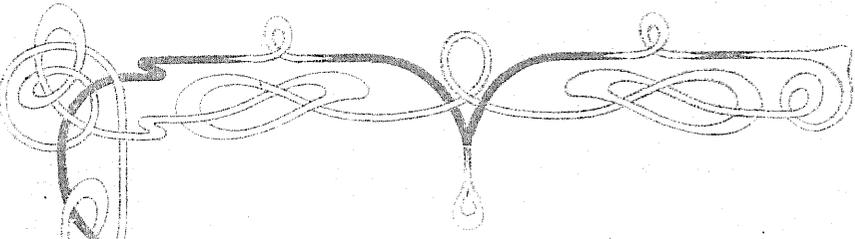
— ¡Ah! muy sencillo, nosotros lla-
mar policía y llevar presos españo-
litos por escándalo público.



Por aquella misma época cuando
el crucero español “Temerario”
hizo un viaje al Paraguay, que dió
motivos á variadísimos comentarios,
Mister Wolff entró una noche ja-
deante y trémulo en la redacción de
un diario bonaerense, y dijo:

— Señores: Mi haber averiguado
finalmente verdadera causa temera-
rio viaje “Temerario” ...

— ¿Cuál es? ¿Cuál es?



Casos, Dichos y Anécdotas

— ¡Oh! ¡secreto diplomático! ¡Asun-
to reservado!

— No importa. Cuente, Mister, lo
que sepa. . .

Wolff reunió en torno suyo á los
circunstantes y bajando la voz:

— El “Temerario” haber ido á Pa-
raguay — les dijo — y mi saberlo de
buena fuente . . . ¡comprar naranjas!



Una vez fué Mister Wolff á un
hotel de la Avenida de Mayo,
en Buenos Aires, á contratar para
un amigo que venía de Norte Amé-
rica, una habitación modesta del ter-
cer piso.

El hotelero, después de echar sus
cálculos, se dejó caer pidiendo ocho
cientos pesos por el alquiler de las
habitaciones pedidas.

¡Ah!—exclamó muy serio Mister Wolff. — Usted haber entendido mal. Mi no querer comprarle su hotel ¡hombre!



El coronel Agustín Urtubey era hombre de reconocido valor, y de gran prestigio en el Este de la República Oriental. Durante la revolución llamada del Quebracho, se levantó en armas y merodeó en el departamento de Treinta y Tres durante algún tiempo con unos centenares de hombres. El gobierno de Santos envió contra él al coronel Benavente, con su regimiento. Este lo persiguió con toda actividad y energía.

Durante la persecución, y en un alto que hicieron las fuerzas revolu-

cionarias, el coronel Urtubey se puso á escribir una comunicación para otro jefe insurrecto. El chasque encargado de llevar la nota, esperaba de pie, que el caudillo terminara de escribir.

Al llegar el momento de firmar, Urtubey se detuvo perplejo. Miró al techo, se mordió los labios, se pasó la mano por la frente, golpeó el suelo con el pie, y, por fin, volviéndose hacia el chasque, le hizo bruscamente esta pregunta extravagante:

— Ché, decime: ¿Cómo me llamo yo?

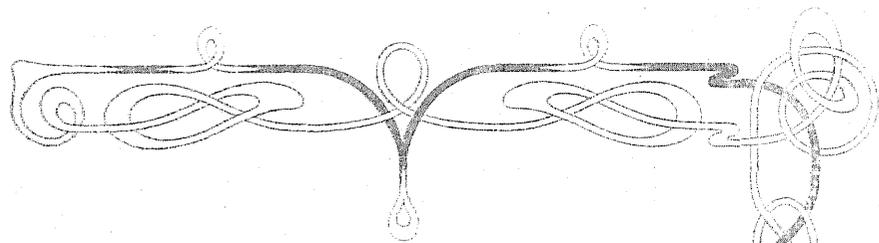
— Pero ¿qué le pasa, don Agustín?

— preguntó el hombre estupefacto.

— ¡Ah! ¡Eso es! — Y firmó alegremente: “Agustín Urtubey”.

Este colmo de distracción es rigurosamente histórico.





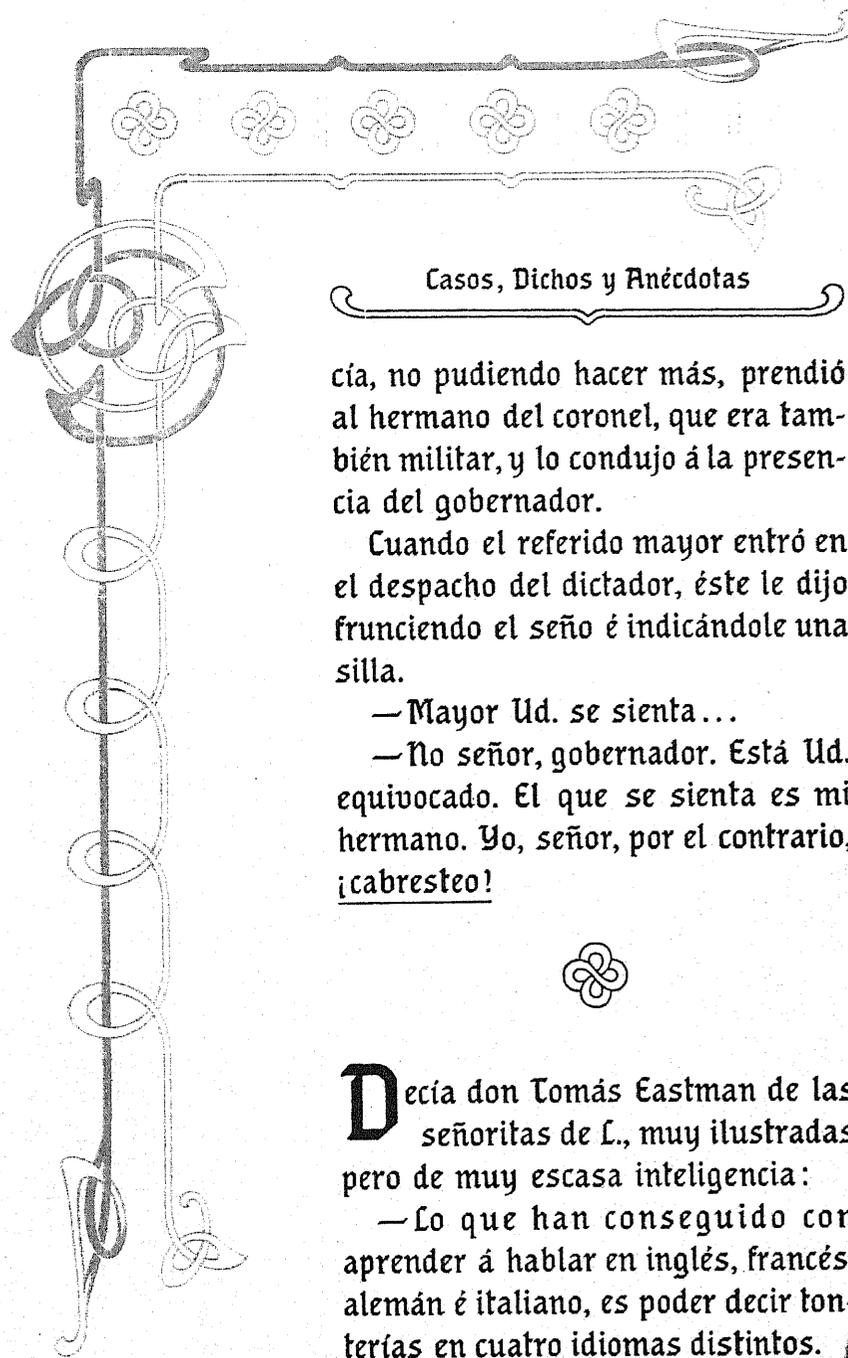
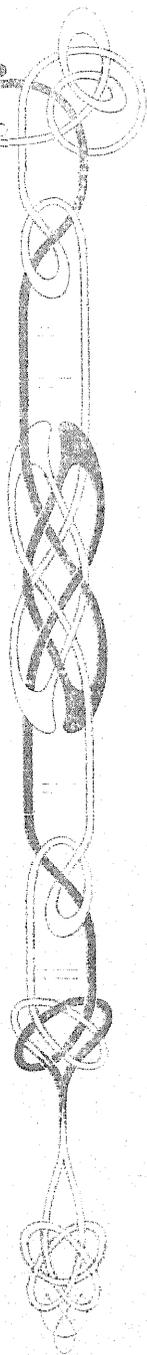
Casos, Dichos y Anécdotas

El coronel Paulino Amaro se encontraba cierta vez en un baile de campaña. Alguno de los presentes comenzó á provocarlo con alusiones é indirectas. Amaro era quisquilloso, y de malas pulgas. De pronto se colocó en medio de la sala, y echándose el sombrero á la nuca, desenvainó el cuchillo, gritando:

— Señores: Aquí vamos á tener velorio. ¡Á ver quién pone las velas, que yo me encargo de poner el difunto!



Siendo Latorre gobernador del Uruguay, dió orden á cierto coronel de campaña, para que se presentara inmediatamente en Montevideo. El coronel, que sabía como las gastaba el dictador, puso piés en polvorosa y ganó el monte. La poli-



Casos, Dichos y Anécdotas

cía, no pudiendo hacer más, prendió al hermano del coronel, que era también militar, y lo condujo á la presencia del gobernador.

Cuando el referido mayor entró en el despacho del dictador, éste le dijo frunciendo el seño é indicándole una silla.

— Mayor Ud. se sienta...

— No señor, gobernador. Está Ud. equivocado. El que se sienta es mi hermano. Yo, señor, por el contrario, ¡cabresteo!



Decía don Tomás Eastman de las señoritas de L., muy ilustradas pero de muy escasa inteligencia:

— Lo que han conseguido con aprender á hablar en inglés, francés, alemán é italiano, es poder decir tonterías en cuatro idiomas distintos.



Durante la guerra del Paraguay, en la carpa del general Venancio Flores, se discutía de sobremesa si la prohibición del pecado carnal era absoluta ó relativa para los clérigos. Julio Herrera y Obes sostenía que según los cánones, la prohibición era absoluta.

— Y Ud. ¿qué dice Padre? — preguntó el general Flores dirigiéndose á don Cándido Yrazuzta, capellán del ejército oriental.

— Yo digo, general, — contestó el interpelado — que la prohibición es eficaz... hasta donde alcanzan las fuerzas!



El coronel Mauricio Rodríguez es tan obeso como valiente. Y, como á todos los obesos, le mortifica que aludan al exceso de sus adiposidades.

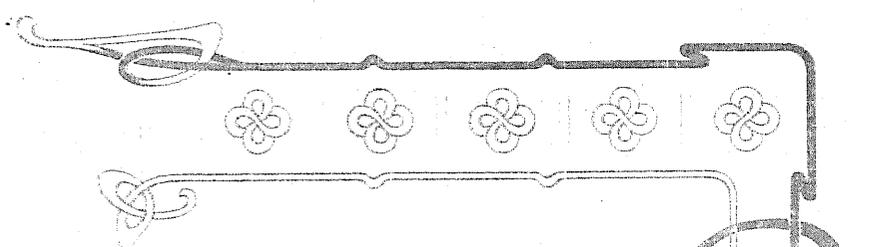
Un día le dijo un amigo indiscreto:

— Hola, coronel. ¡Cada vez más pesado!

— Se equivoca, amigo — contestó sonriendo Rodríguez. Apuesto á que todavía monto á caballo mejor que usted. Ya sabe que pesa mucho más un zonzo que un gordo...



El mismo coronel Rodríguez, sentado á la mesa de uno de los vapores que hacen la carrera de Montevideo á Paysandú, procuraba ensartar una de las aceitunas que tenía



Casos, Dichos y Anécdotas

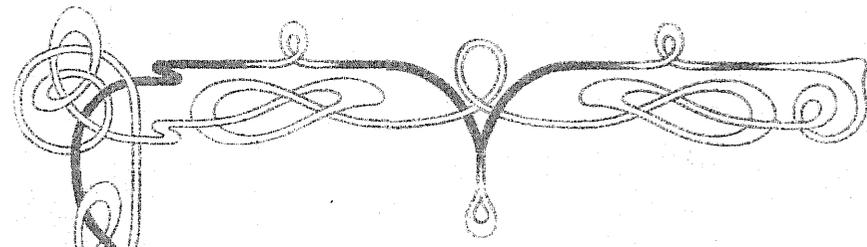
por delante, en la punta de un mondadientes. Este resbalaba sobre la superficie oleosa de la fruta, y una oliva, y otra, y otra, saltando del plato, rodaban sobre el mantel.... El coronel, no queriendo tomarla con los dedos, sudaba la gota gorda.

El comisario del vapor, que presenciaba estos trabajos, intervino graciosamente. Con el tenedor ensartó la última de las aceitunas rebeldes y se la ofreció al coronel.

—¡Oaya una gracia!— dijo Rodríguez —Ud. la monta, cuando yo la había domado y ya la tenía mansita.



El general Fructuoso Rivera tenía á veces frases sintéticas, que compendiaban en su brevedad, tanta observación como filosofía.



Casos, Dichos y Anécdotas

Delante del célebre caudillo se afirmaba, cierta vez, que á un individuo se le había trastornado la razón por completo.

—No hay que sentirlo— observó uno de los circunstantes. — Poco se pierde, porque Fulano no era más que un zonzo...

—No puede ser— interrumpió con viveza el vencedor de Guayabos: — ningún zonzo se vuelve loco.

El general Rivera presentía sin duda á Lombroso y á las teorías modernas sobre la circulación del genio y de la locura.



En un grupo de diputados argentinos se hablaba de proezas de puntería y de hazañas en los Stands de tiro. Alguien preguntó á un dipu-

Casos, Dichos y Anécdotas

tado famoso por sus conquistas amorosas:

—Y Ud. tuerto, ¿tira también?

—Sí— interrumpió Videla Dorna.

—Pero éste apunta al blanco..... y le pega.... al frito.



Una persona muy conocida en Buenos Aires, tuvo cierta vez una polémica con un señor de apellido Cordero. La consecuencia del debate público fué que este último le enviara sus padrinos. El ofensor le aceptó el reto, pero al día siguiente, un hermano del ofendido le envió también sus representantes. Al mismo tiempo á los tíos y primos les animaba el propósito de medir con él sus armas, sucesivamente.

—¡Caramba!— exclamó el ofensor

Casos, Dichos y Anécdotas

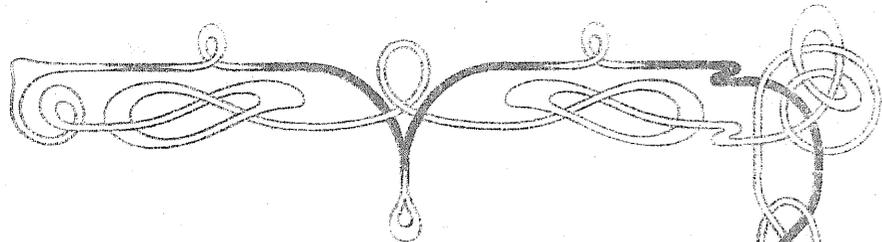
dirigiéndose á los padrinos del retador segundo. — ¡Yo estoy dispuesto á romperme el alma con un Cordero, pero no puedo pelear con toda la majada!



Decía Florencio Madero para explicar el mal olor que había en las calles de Buenos Aires, antes de que se realizaran las obras de Salubridad:

— Es efecto de la alimentación de los caballos de plaza. Los pícaros cocheros no les dan á comer sino ejemplares de “La Prensa”.





Casos, Dichos y Anécdotas

Luis María Gonnet hizo cierta vez un viaje á La Plata, incorporado á un cortejo oficial. Iba también el entonces presidente Roca, que siendo muy amigo de dar bromas, las recibe en cambio de muy mala gana. Hay que advertir, además, que la relaciones del general Roca y Gonnet habían sido siempre muy frías.

En una estación del trayecto, alguien, diputado, senador ó ministro, tuvo el antojo de comer naranjas. Llamó á un vendedor ambulante, compró un par de docenas y ofreció una á Gonnet.

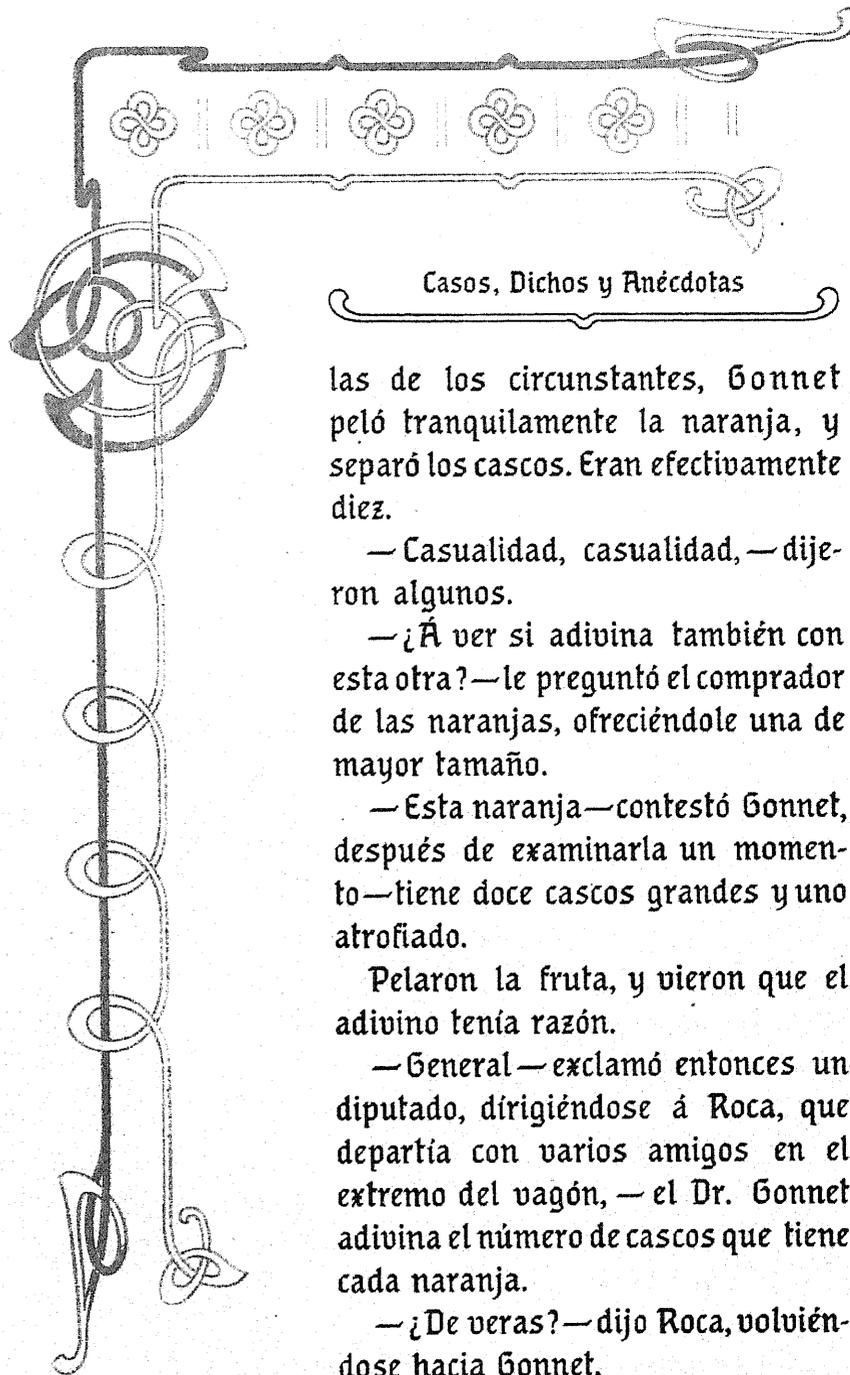
Éste la aceptó, la contempló un instante y dijo, sonriendo:

—¿Á que ninguno sabe cuántos cascós tiene esta naranja?

—¿Y quién puede saberlo?

—Yo. Esta naranja tiene diez cascós.

En medio de las sonrisas incrédulas



Casos, Dichos y Anécdotas

las de los circunstantes, Gonnet peló tranquilamente la naranja, y separó los cascós. Eran efectivamente diez.

—Casualidad, casualidad,—dijeron algunos.

—¿Á ver si adivina también con esta otra?—le preguntó el comprador de las naranjas, ofreciéndole una de mayor tamaño.

—Esta naranja—contestó Gonnet, después de examinarla un momento—tiene doce cascós grandes y uno atrofiado.

Pelaron la fruta, y vieron que el adivino tenía razón.

—General—exclamó entonces un diputado, dirigiéndose á Roca, que departía con varios amigos en el extremo del vagón,—el Dr. Gonnet adivina el número de cascós que tiene cada naranja.

—¿De veras?—dijo Roca, volviéndose hacia Gonnet.

— Nada tiene de particular esa pretendida adivinación — contestó éste; — obedece á una observación científica que cualquiera puede utilizar.

— ¿Se puede saber cuál es? — replicó el general Roca, aproximándose con interés deferente.

— Es muy sencillo. En el círculo que la separación del pedúnculo deja en cada fruta, se observan unos cuantos puntitos dispuestos también circularmente. Su número corresponde al de los gajos internos. Voilà tout!

Todos aplaudieron. Gonnet prosiguió, con mucha seriedad:

— Hay también un medio infalible para saber los granos que contiene el racimo de uvas.

— ¿Y consiste?... — preguntó el general Roca, vivamente interesado.

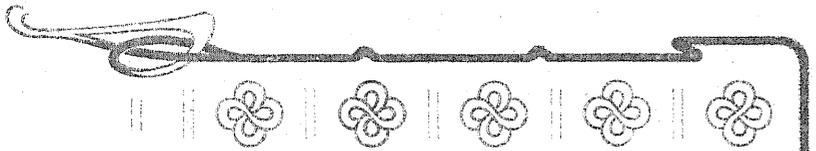
— ¡En contarlos uno por uno! — contestó Gonnet.

Todos soltaron la risa. El ge-

neral Roca se mordió los labios. Él, el eterno fumador, había encontrado quien se lo fumara!



Durante el viaje de la "Puig", que llevó á los deportados principistas á la Habana, escasearon á tal punto los víveres, que no sólo los políticos encerrados en la bodega, sino los mismos tripulantes, vieron mermar sus raciones más de lo que las tiránicas exigencias de sus estómagos podían tolerar. Las víctimas del Motín de Enero de 1875, procuraron obtener subrepticamente un aumento en la alimentación diaria, y sobornando al cocinero de á bordo, consiguieron que cada noche con un resto de harina averiada y el agua pútrida que había en los depósitos,

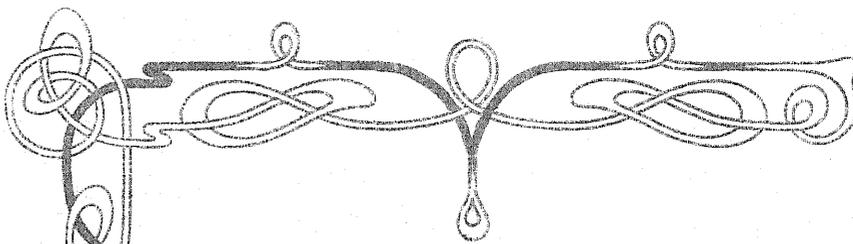


Casos, Dichos y Anécdotas

fabricara una especie de hogaza, que, á pesar de ser como una piedra, les resultaba exquisita, por aquello de que “Á buen hambre no hay pan duro.”

Cada hogaza costaba á los deportados una libra esterlina, y Anselmo Dupont, que era quien había sobornado al cocinero, se encargaba de hacer el reparto, noche á noche, en porciones por lo menos equitativas.

Una noche el Dr. José Pedro Ramírez recibió su porción, pero como por lo general la hambruna le apretaba al amanecer, resolvió reservarla para mejor ocasión. Guardó bajo la almohada el pedazo de pan y se quedó dormido. Pero á cierta altura de la noche fué despertado por un rumor próximo: alguien se acercaba á su tarima arrastrándose por el suelo. Contuvo el aliento, mantúvose inmóvil y, de pronto, sintió que una mano se introducía bajo la almohada. Era



Casos, Dichos y Anécdotas

un hambriento que pretendía robar el tesoro del zoquete de pan! el Dr. Ramírez se incorporó; cogió por el brazo al rátero, y á la escasa luz de un farol opaco y lejano, reconoció á Dupont, que, avergonzado y trémulo, bajaba la cabeza como un gran culpable sorprendido in fraganti y anonadado bajo el peso de su delito.

—Amigo Dupont—le dijo el Dr. Ramírez en voz baja para que no se enteraran los demás; —el refrán dice que “al que da y quita le nace una jorobita”. Dispense si no le doy el mendrugo: mi hambre vale tanto como la suya.

Y para quitar toda esperanza al apetito de Dupont, apresuró á comerse su parte de hogaza.



Contaba el general Ventura Rodríguez, que hallándose en San José de Flores al servicio de Don Justo J. de Urquiza, se difundió entre la soldadesca una terrible enfermedad. El número de víctimas aumentó á tal punto, que Urquiza preocupadísimo con el hecho, dispuso poner remedio pronto y eficaz. Al efecto hizo parar rodeo de todo el chinaje difundido en las divisiones, y como medio de mejorar la condiciones higiénicas de su ejército... dispuso que, á las pobres mujeres, causa de la enfermedad, se les propinara una pública azotaina.

Ésta se llevó á cabo en presencia del mismo Urquiza. Las mujeres eran atadas á los cañones; se les levantaba las polleras, y caía la tunda inexorable sobre las carnes al descubierto. Las mujeres chillaban como si las descuartizaran, mientras el general puesto á horcajadas sobre una

silla, contemplaba el cuadro, sorbiendo los mates que le alcanzaba un asistente y canturreando por lo bajo:

Corazón pídemme albricias
Que ha llegado quien tu sabes...
Desecha tus pesadumbres,
Sofoca tus tristes ayes.

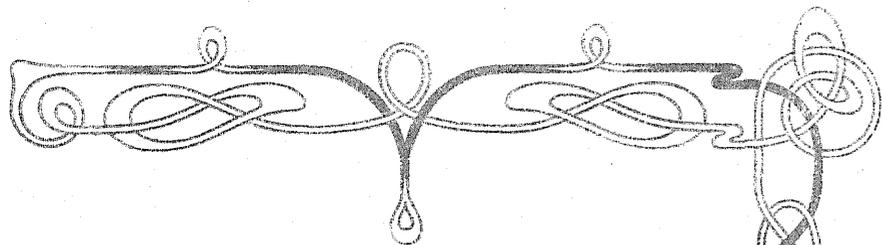


Alguien dijo á un militar uruguayo, tan ignorante como cargado de glorias:

—Lo encuentro muy obeso, general.

El héroe no sabía lo que obeso significaba, y suspicaz como todo paisano, contestó:

—La que lo hamacó, por las dudas, hasta que no vea el Diccionario.



Casos, Dichos y Anécdotas

Un comerciante inglés en tiempo de Rosas, había prestado veinte onzas á un señor Barbaastro, hombre de ingenio, muy conocido por sus extravagancias. Llegado el vencimiento, Barbaastro no pagó, y el inglés lo demandó ante el juez competente.

Hubo audiencia verbal, y en ella el juez preguntó al deudor:

— ¿Reconoce Ud. la deuda de las veinte onzas?

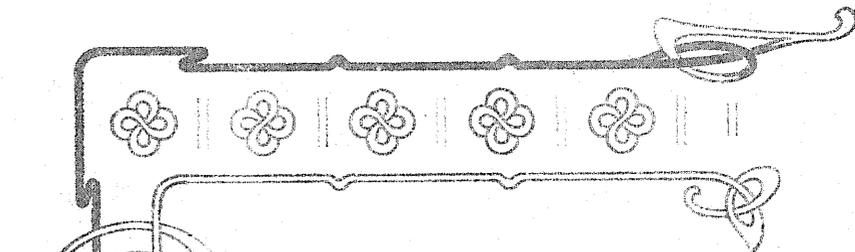
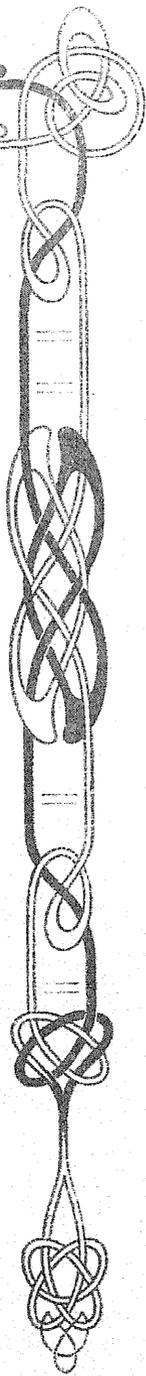
— Sí, señor.

— Y entonces ¿qué alega Ud. para no pagarlas?

— Alego la compensación.

— ¿Le debe á Ud. algo el acreedor?

— Sí, señor. El acreedor es inglés, y los ingleses nos han robado las islas Malvinas. Pagaré las veinte onzas cuando los ingleses nos las restituyan. Mientras tanto.... esas veinte onzas van á cuenta de lo que nos deben!



Casos, Dichos y Anécdotas

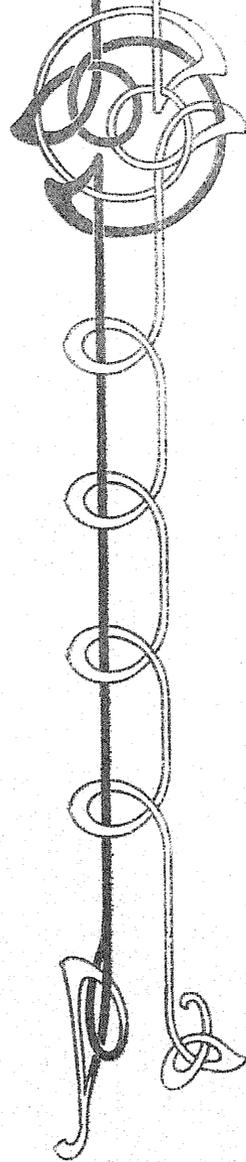
Un optimista incorregible, que vivía sólo de ilusiones, cayó enfermo de la vejiga, y se hizo reconocer por uno de nuestros médicos de mayor ingenio.

— Doctor — le preguntó el paciente, alarmadísimo, después del primer examen. — ¿Mi dolencia es de gravedad?

— En otro sería de importancia — contestó el Galeno con una sonrisa tranquilizadora, — pero en Ud. no ofrece peligro. Tiene Ud. muchos cálculos... pero todos son equivocados ó alegres.



El Doctor Villaescusa, es un español muy conocido por sus proyectos extravagantes. Tiene una imaginación mixta de andaluza y de



yanqui. El ardor y la grandiosidad son las características de sus vocaciones financieras. Y como todo proyectista, es amigo de *explayar* sus ideas y de exteriorizarlas con una verbosidad abundante y frondosa.

Hace algún tiempo hallábase Marcos Zapata en la chocolatería del Seminario, rodeado de numerosos amigos, cuando apareció Villaescusa, y como siempre, apresurado y sudoroso.

—¡Hola!— le dijo Zapata desde lejos, en cuanto lo vio venir— lo estaba esperando.— Ha estado aquí un señor inglés para hablarle de un negocio, que me parece de primer orden.

—Déjese de chirigotas, Don Marcos.

—No son chirigotas. Es un negocio muy serio, en el cual Ud. no *expondrá* capital. Se trata de kero-

sene. El inglés se compromete á poner aquí el artículo.

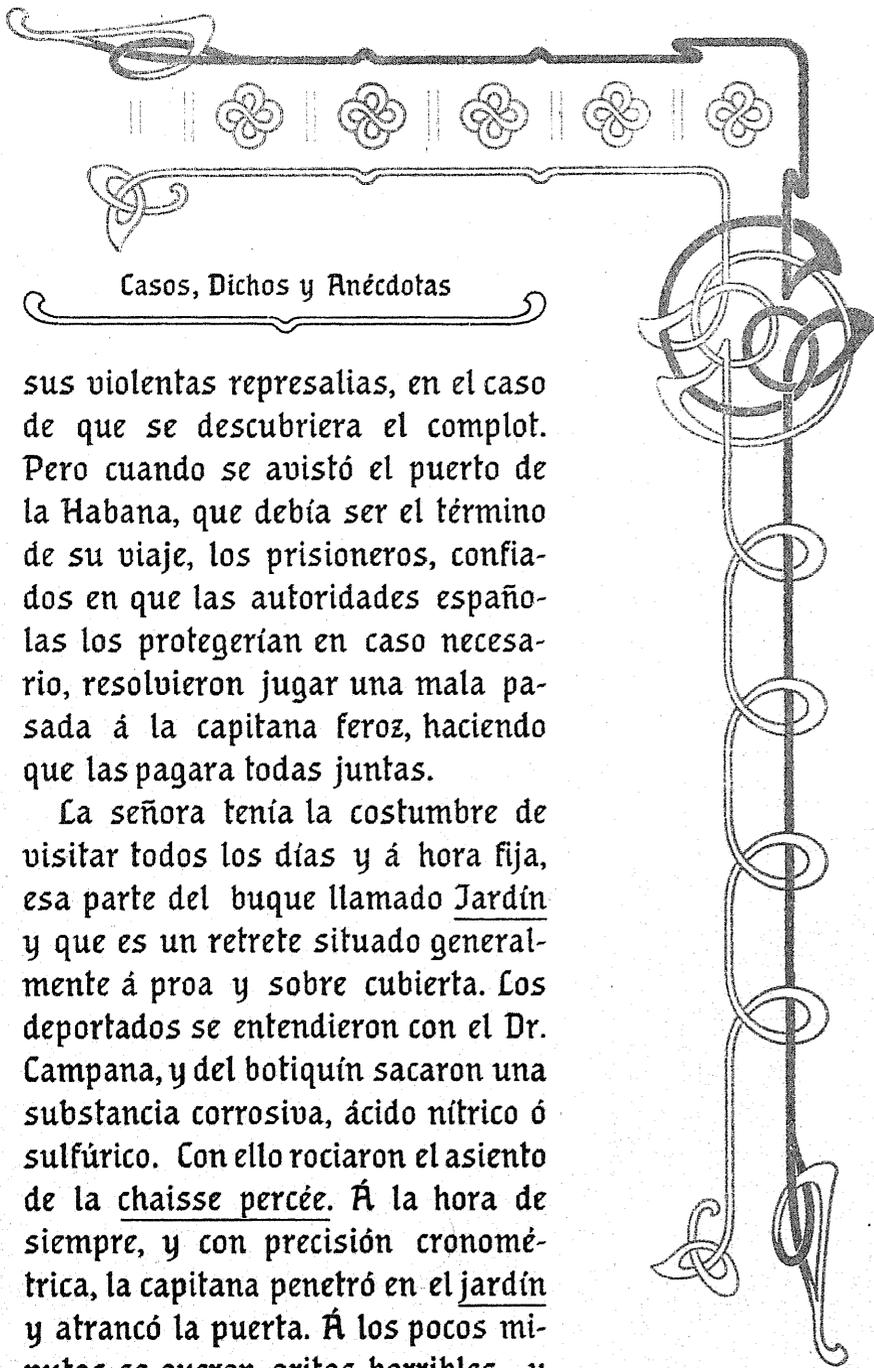
—¿Y yo, qué pongo?

—Ud.... Ud. pondrá las latas!



Los deportados de la "Puig" tenían encima una calamidad no prevista por quienes los habían embarcado para Cuba. Esa calamidad era la mujer del capitán, la catalana más irascible, más violenta y más perversa que se puede imaginar. Era una malvada que sólo se complacía en torturar á los prisioneros, y que con extraña complacencia inventaba cada día nuevas torturas...

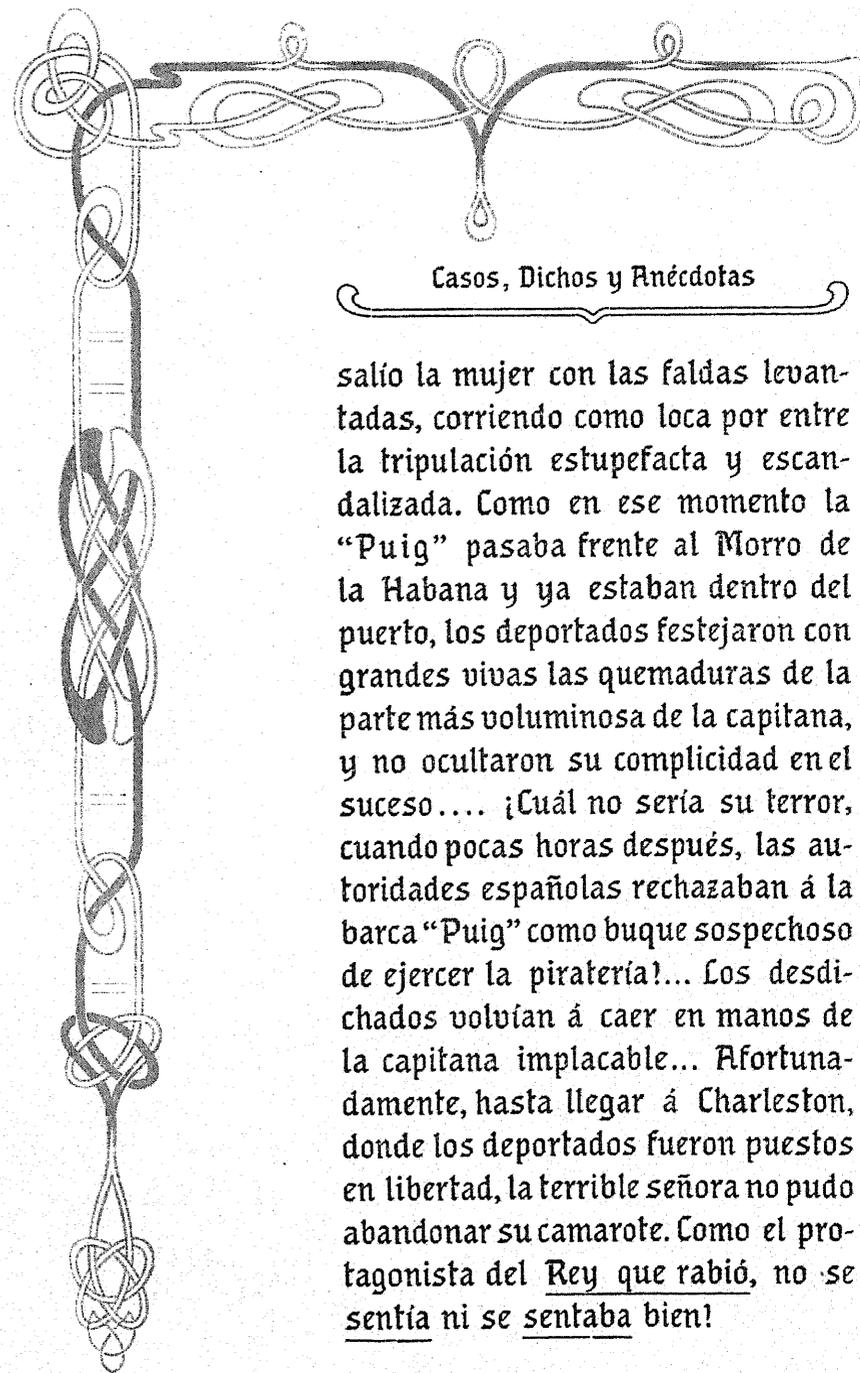
Los deportados deseaban vengarse, pero, ¿cómo?... Estaban en manos de la terrible arpía, y no había quien pudiera salvarlos de su furor y de



Casos, Dichos y Anécdotas

sus violentas represalias, en el caso de que se descubriera el complot. Pero cuando se avistó el puerto de la Habana, que debía ser el término de su viaje, los prisioneros, confiados en que las autoridades españolas los protegerían en caso necesario, resolvieron jugar una mala pasada á la capitana feroz, haciendo que las pagara todas juntas.

La señora tenía la costumbre de visitar todos los días y á hora fija, esa parte del buque llamado Jardín y que es un retrete situado generalmente á proa y sobre cubierta. Los deportados se entendieron con el Dr. Campana, y del botiquín sacaron una substancia corrosiva, ácido nítrico ó sulfúrico. Con ello rociaron el asiento de la chaise percée. Á la hora de siempre, y con precisión cronométrica, la capitana penetró en el jardín y atrancó la puerta. Á los pocos minutos se oyeron gritos horribles, y

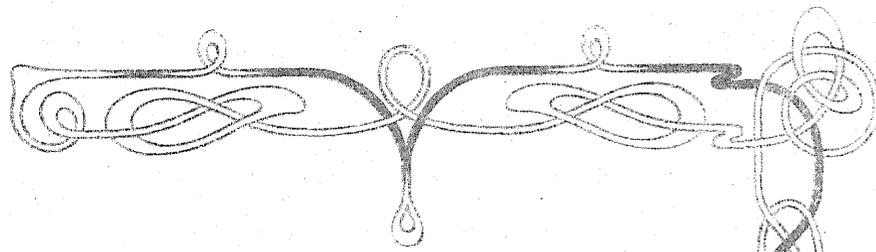


Casos, Dichos y Anécdotas

salíó la mujer con las faldas levantadas, corriendo como loca por entre la tripulación estupefacta y escandalizada. Como en ese momento la "Puig" pasaba frente al Morro de la Habana y ya estaban dentro del puerto, los deportados festejaron con grandes vivas las quemaduras de la parte más voluminosa de la capitana, y no ocultaron su complicidad en el suceso.... ¡Cuál no sería su terror, cuando pocas horas después, las autoridades españolas rechazaban á la barca "Puig" como buque sospechoso de ejercer la piratería!... Los desdichados volvían á caer en manos de la capitana implacable... Afortunadamente, hasta llegar á Charleston, donde los deportados fueron puestos en libertad, la terrible señora no pudo abandonar su camarote. Como el protagonista del Rey que rabió, no se sentía ni se sentaba bien!

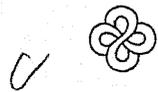
Uno de los recursos que tenían los deportados de la "Puig" para matar el hambre, era la pesca. Por suerte para ellos, en los mares tropicales abundaban los dorados de tamaño respetable. Cada uno de ellos abastecería á la barca para cuarenta y ocho horas. La primera vez que echaron el aparejo, un pez enorme tragó la carnada, y entre gritos de alegría comenzaron los viajeros á tirar de la piola. Cuando el pez llegaba á la superficie y estaba á punto de convertirse en pescado, surgió desde el fondo del mar un tiburón que abrió el espantable triángulo de sus fauces, y se tragó la codiciada presa de un sólo bocado, dejando tan sólo la cabeza prendida del anzuelo. Otra vez, un dorado inmenso nadaba al costado del buque, como desafiando á sus tripulantes. El co-

ronel Courtin resolvió hacerle pagar su insolencia, y ordenó la construcción de una fija, especie de arpón rudimentario atado á una larga cuerda. Cuando el instrumento estuvo pronto, el coronel en persona se hizo descolgar por la borda para dar más de cerca el golpe, encargando al doctor Campana, que retuviera la extremidad de la cuerda, y recomendándole el mayor cuidado. El golpe fué feliz; el dorado recibió el arponazo en mitad del cuerpo, y entre los aplausos y gritos de júbilo de los deportados, se hundió el pez herido en las profundidades del mar. ¡Atención Dr. Campana! — gritó Courtin. — ¡No se le vaya á escapar la cuerda!... Un general clamor de rabia y despecho resonó sobre cubierta: presa del entusiasmo y deseando aplaudir como el que más, la proeza de Courtin, el pobre doctor había dejado caer la cuerda en el suelo, y en



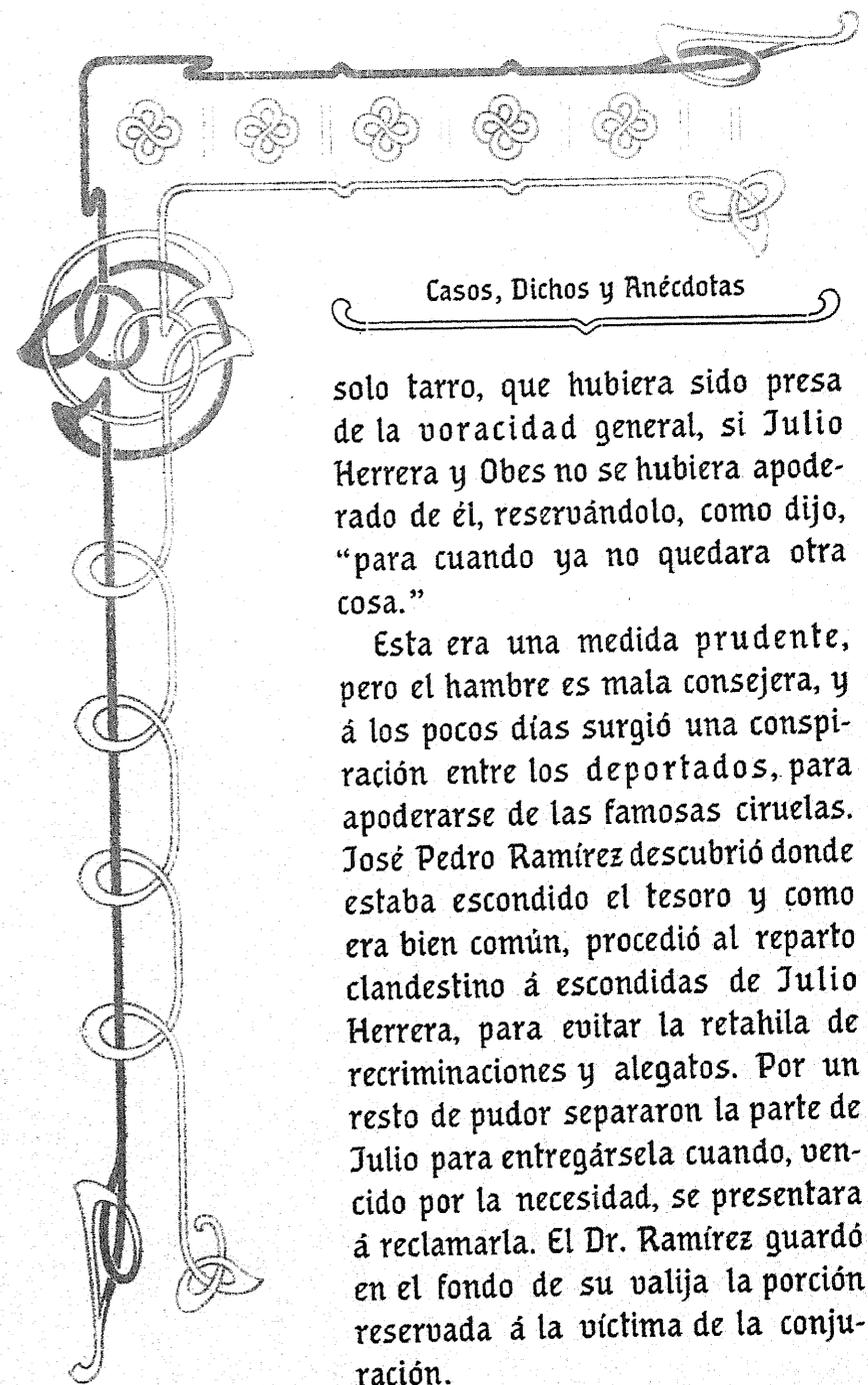
Casos, Dichos y Anécdotas

ese mismo instante su extremidad desaparecía por encima de la borda y caía en el mar, arrastrada por el pez fugitivo



Al llegar la "Puig" á Cabellos, en la desembocadura del Amazonas, los deportados tuvieron la esperanza que se refrescaran los víveres. Por desgracia el coronel Courtin recibió un telegrama para que se hiciera á la mar inmediatamente, y no tuvo tiempo de comprar las vituallas. Los prisioneros por su parte, sólo pudieron comprar unos pocos tarros... de ciruelas secas.

En cuanto apretó el hambre, días después, los deportados acudieron, para satisfacerse, á la provisión de dulce. Por fin, no quedó más que un



Casos, Dichos y Anécdotas

solo tarro, que hubiera sido presa de la voracidad general, si Julio Herrera y Obes no se hubiera apoderado de él, reservándolo, como dijo, "para cuando ya no quedara otra cosa."

Esta era una medida prudente, pero el hambre es mala consejera, y á los pocos días surgió una conspiración entre los deportados, para apoderarse de las famosas ciruelas. José Pedro Ramírez descubrió donde estaba escondido el tesoro y como era bien común, procedió al reparto clandestino á escondidas de Julio Herrera, para evitar la retahíla de recriminaciones y alegatos. Por un resto de pudor separaron la parte de Julio para entregársela cuando, vencido por la necesidad, se presentara á reclamarla. El Dr. Ramírez guardó en el fondo de su valija la porción reservada á la víctima de la conjuración.

Llegaron días en que el hambre se convirtió en tortura insufrible, y varias veces se habló sotto voce de violarle á Julio sus ciruelas. El Dr. Ramirez, indignado se opuso siempre á esa apropiación indebida. Sin embargo, una noche, la voz de su estómago vacío habló más alto que la voz de su conciencia, y resolvió sacar tres ciruelas del sagrado depósito confiado á su custodia. Abrió la valija, metió la mano hasta el fondo... y se encontró con un montón de carozos! Otro, con más hambre y con menos escrúpulos que él, se había anticipado á sus designios. Así desaparecieron las famosas ciruelas de Julio, sin que se supiera jamás que hábil ladrón había forzado la cerradura, apropiándose de aquel tesoro comestible, que durante muchos días había sido objeto de envidia y de tentación para todos los deportados...

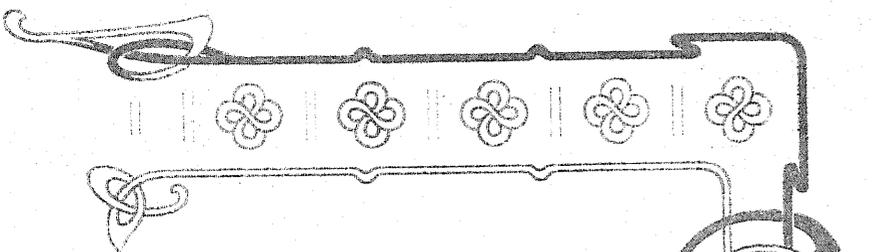
Don José Antonio Ocanto interpeló cierta vez, en la Cámara de Diputados, al Gobierno de Don Faustino Sarmiento. El Ministro Vélez Sársfield concurre al recinto legislativo para hacer frente á la interpelación.

Oído el discurso ampuloso y enfático del señor Ocanto, el ministro dió sus explicaciones en un tono de chacota, que indignó al interpelante. Éste tomó de nuevo la palabra y vituperó acerbamente al Dr. Vélez Sársfield por la frivolidad escandalosa de su réplica, y con tono amargo concluyó diciendo:

— Pero... ¿qué se puede esperar de un Ministro que ni siquiera sabe lo que es la Constitución?

El Dr. Vélez Sársfield contestó sonriendo:

— Se engaña señor diputado. ¿Có-



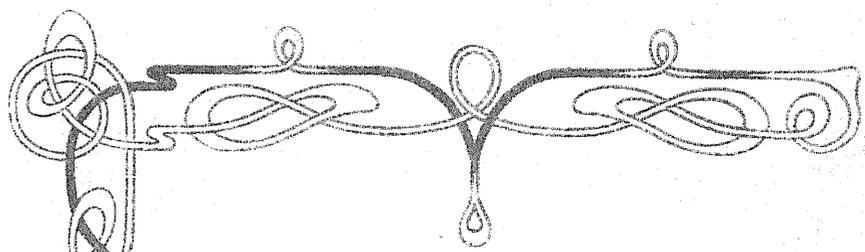
Casos, Dichos y Anécdotas

mo no voy á saber lo que es la Constitución? ... ¡Es un librito que anda por áhi!



Siendo el Dr. Pizarro Ministro de Instrucción Pública, formuló un extenso proyecto de reformas, acompañado de un no menos extenso memorándum explicativo:

Satisfecho de su obra, el Dr. Pizarro quiso someterla á la autorizada opinión de Sarmiento. Fuése á casa del gran estadista, y le pidió permiso para leerle su trabajo. Consintió el gran hombre y el Ministro comenzó una lectura que duró más de tres horas. El Dr. Pizarro estuvo implacable: no perdonó á Sarmiento ni una sola línea... Al terminarse, preguntó ansiosamente:



Casos, Dichos y Anécdotas

—Y... ¿qué le parece, general?
Sarmiento sintetizó su venganza en estas dos únicas palabras:
—Largo, pues.



Don José Segundo Decoud, ya entrado en años y muy rico, fué á establecerse con su familia en París. Todo le parecía inmejorable y soberbio en la capital del mundo y sólo un detalle obstaba á la completa felicidad de su plácida existencia: el no saber palabra del idioma de Racine.

Esta ignorancia le amargaba de tal manera el placer de su estadía en París, que el señor Decoud resolvió aunque tarde, aprender el idioma. Tomó un profesor, y todos los días se daba tal hartazgo de reglas gramaticales, conjugaciones y declina-

ciones, que sobrevénia la forzosa indigestión de lengua, con fatiga, jaqueca y otros resultados no menos molestos.

Don Torcuato de Alvear fué un día á visitar á su gran amigo Decoud, y lo encontró tumbado sobre una *chaise longue*, con síntomas de una gran postración.

—¿Qué tiene, amigo, para echarse así, como á muerto?—preguntó don Torcuato.

—Déjeme, amigo—contestó muy en serio el dueño de casa,—ya no puedo más. Estoy descansando el cuerpo del francés.



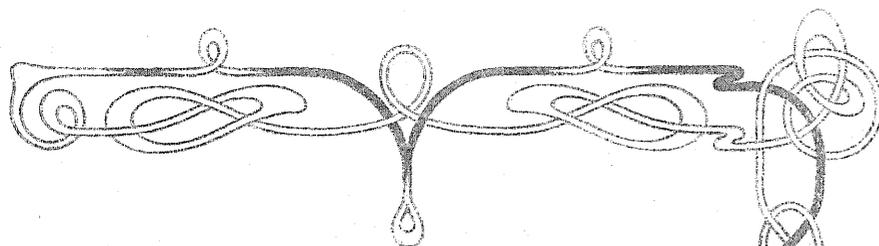
San Román, ex-gobernador de La Rioja, ponderaba en esta forma la miseria de cierto pueblo del interior de su provincia:

—Pituil es un pueblo tan pobre, tan pobre, que los perros, de puro flacos, tienen que atracarse contra las paredes para poder ladrar.... Sino, se caen.



Don Goyo Torres, para fastidiar á unos amigos suyos de Santiago del Estero presentes en cierta tertulia, narraba en estos términos su primera visita á esa provincia:

—Cuando llegué á Santiago, sería poco más á menos la una de la tarde. Creí que podría presentar mis respetos al Gobernador y me encaminé á la Casa de Gobierno. Llegué, ví la puerta abierta y entré. No había nadie en el vestíbulo. Asomé las narices por una puerta, y ví una sala vacía, y más allá otra y otra. Aquello parecía un palacio encantado. Por



Casos, Dichos y Anécdotas

fin en una de las últimas habitaciones, encontré un indio que, trepado sobre un banco, fregaba los vidrios de la ventana.

—¿El señor Gobernador? — pregunté sombrero en mano.

—Ta merendando, señor, — contestó el indio.

—¿Y el vice? ¿Y el ministro de Gobierno?

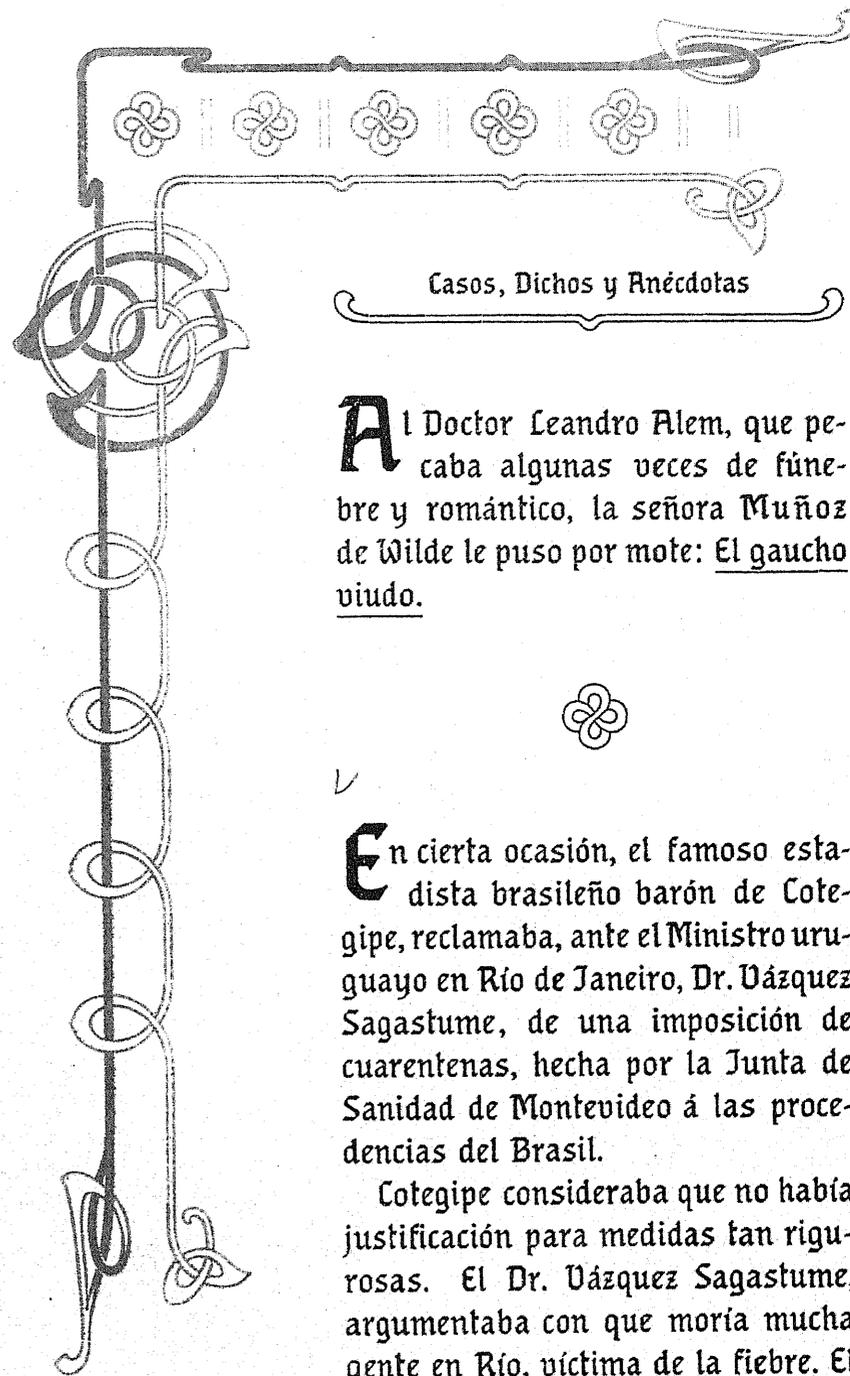
—Merendando, señor. Si los quiere ver, ahí tan los tres en el patio el fondo...

Me asomé á un patio, en que había varios frondosos árboles y á nadie ví! Regresé donde seguía fregando el indio y le apostrofé, irritado:

—¡Indio pícaro! ¡En el patio no hay nadie!

—Tan, señor, le digo que tan. Tan los tres en el agarrobo grande.

¡El Gobierno de Santiago para merendar con fruta de algarrobo, se trepaba todo él á las ramas del árbol!



Casos, Dichos y Anécdotas

Al Doctor Leandro Alem, que pecaba algunas veces de fúnebre y romántico, la señora Muñoz de Wilde le puso por mote: El gaucho viudo.



En cierta ocasión, el famoso estadista brasileño barón de Cotegepe, reclamaba, ante el Ministro uruguayo en Río de Janeiro, Dr. Vázquez Sagastume, de una imposición de cuarentenas, hecha por la Junta de Sanidad de Montevideo á las procedencias del Brasil.

Cotegepe consideraba que no había justificación para medidas tan rigurosas. El Dr. Vázquez Sagastume, argumentaba con que moría mucha gente en Río, víctima de la fiebre. El

Ministro brasileño, arguyó entonces, con su fina sonrisa diplomática, aludiendo sin duda á las mortíferas guerras civiles uruguayas:

— ¡O senhor acredita então que todo o mundo deve morrer degolhado? ¡Deixe a gente morrer tambem da febre amarela!



La señora Ventura Muñoz de Wilde, fué una persona de ingenio agudísimo, pródiga en frases felices y algunas veces crueles.

De cierto personaje político, tan bueno como presuntuoso, que usaba unas grandes patillas abiertas, eternamente renegridas, decía alguien, cierta vez, delante de la espiritual señora:

— No sé como hace Fulano para mantenerse eternamente joven...

— Mire Ud. — le contestó Ventura Muñoz. — Fulano es tan, tan insignificante, que el tiempo pasa... y no le hace caso!

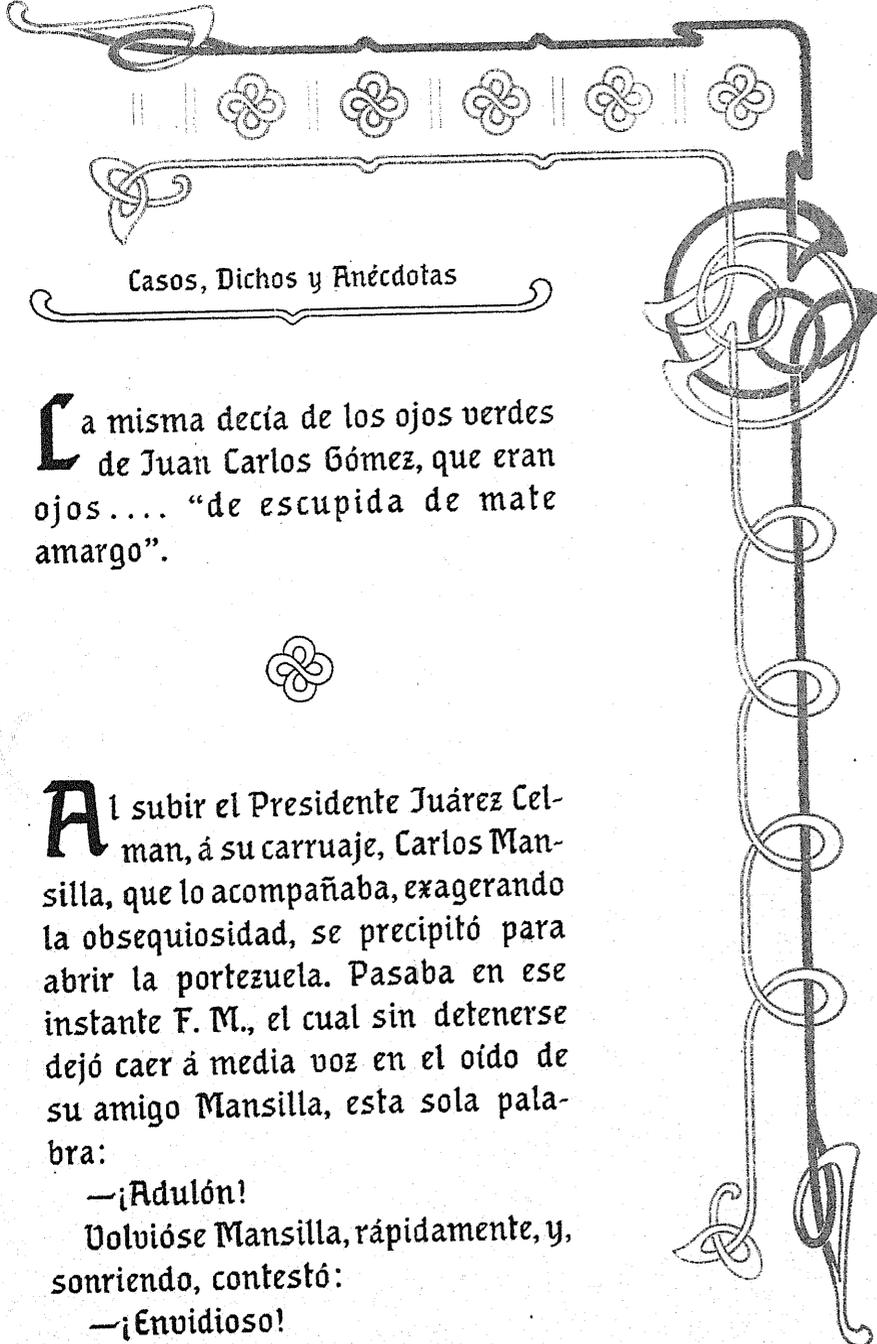


La misma decía de un viejo coronel, con muchas pretensiones y pocas hazañas:

— Es un tigre... yerba.

(En aquella época la yerba del Paraguay solía venir como relleno de magníficas pieles de tigre.)





Casos, Dichos y Anécdotas

La misma decía de los ojos verdes de Juan Carlos Gómez, que eran ojos.... "de escupida de mate amargo".

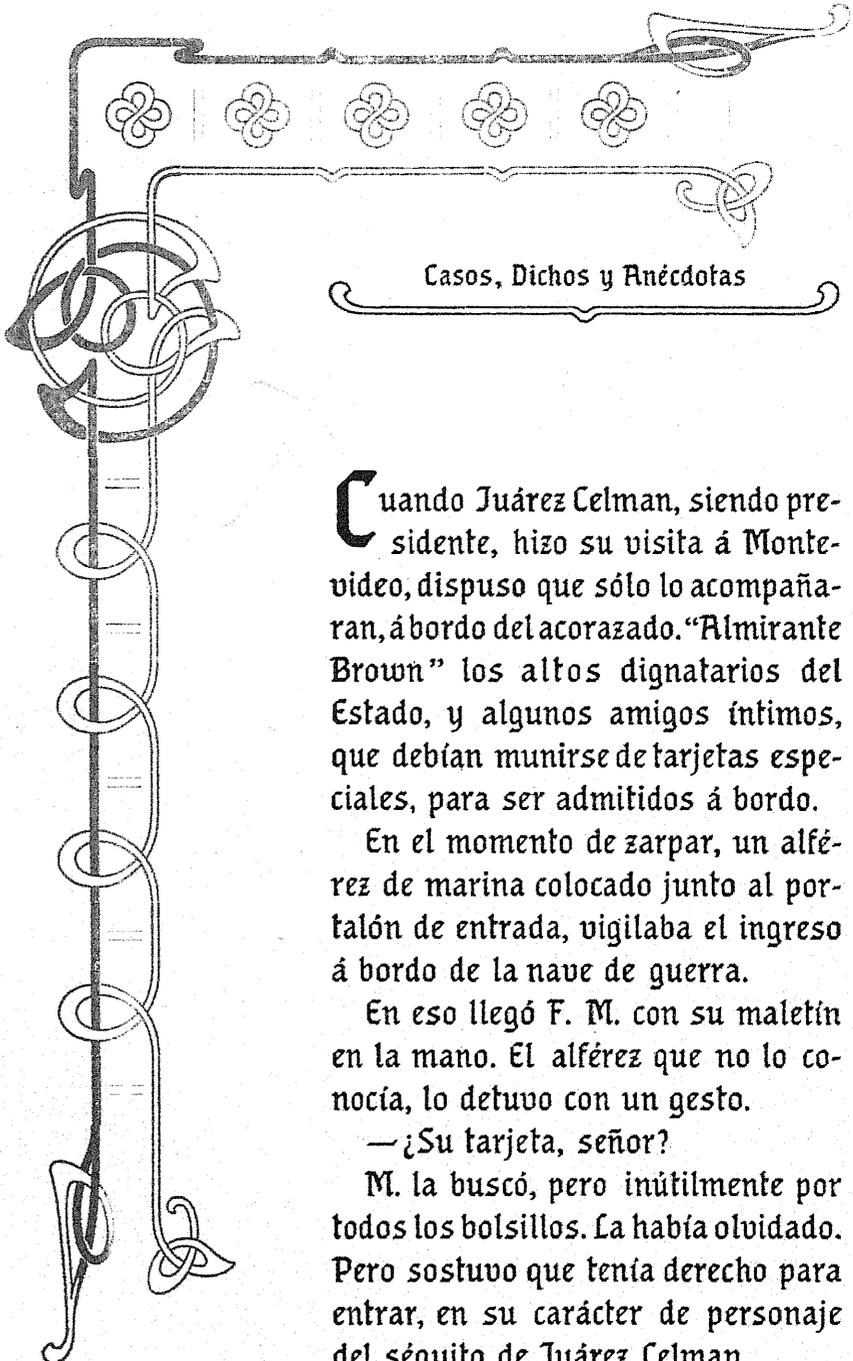


Al subir el Presidente Juárez Celman, á su carruaje, Carlos Mansilla, que lo acompañaba, exagerando la obsequiosidad, se precipitó para abrir la portezuela. Pasaba en ese instante F. M., el cual sin detenerse dejó caer á media voz en el oído de su amigo Mansilla, esta sola palabra:

—¡Adulón!

Volvióse Mansilla, rápidamente, y, sonriendo, contestó:

—¡Envidioso!



Casos, Dichos y Anécdotas

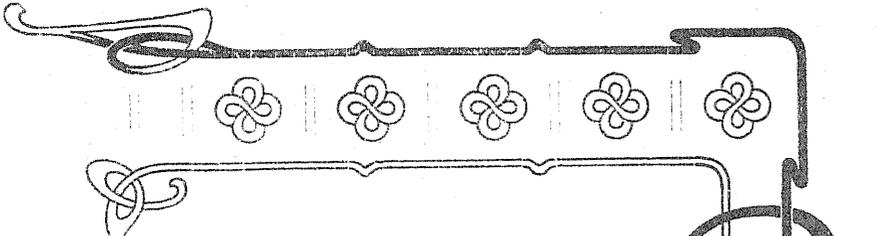
Cuando Juárez Celman, siendo presidente, hizo su visita á Montevideo, dispuso que sólo lo acompañaran, á bordo del acorazado. "Almirante Brown" los altos dignatarios del Estado, y algunos amigos íntimos, que debían munirse de tarjetas especiales, para ser admitidos á bordo.

En el momento de zarpar, un alférez de marina colocado junto al portalón de entrada, vigilaba el ingreso á bordo de la nave de guerra.

En eso llegó F. M. con su maletín en la mano. El alférez que no lo conocía, lo detuvo con un gesto.

—¿Su tarjeta, señor?

M. la buscó, pero inútilmente por todos los bolsillos. La había olvidado. Pero sostuvo que tenía derecho para entrar, en su carácter de personaje del séquito de Juárez Celman.



Casos, Dichos y Anécdotas

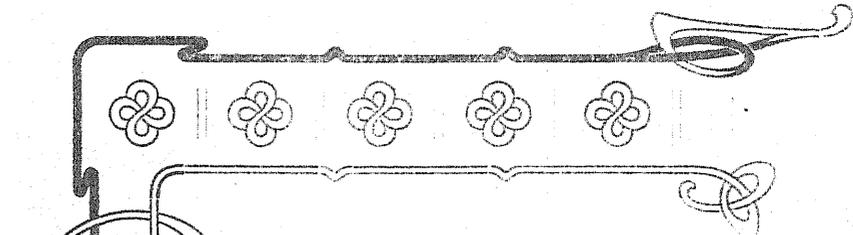
—¿Qué es usted, señor?— preguntó el alferez, suponiendo que se trataría por lo menos de un ministro.

—Soy... ¡adulón de primera clase!— contestó M. irguiéndose con altivez, ahuecando la voz y midiendo al alferez de arriba abajo con una mirada desdeñosa.

El oficial, sorprendido, se echó á un lado y abrió paso, haciendo la venia...



Era don Isaias Gil ministro en Córdoba, cuando Juárez Celman era gobernador. Un diputado formuló una interpelación, y el ministro tuvo que presentarse en el recinto legislativo á escuchar los varapalos del brioso interpelante.



Casos, Dichos y Anécdotas

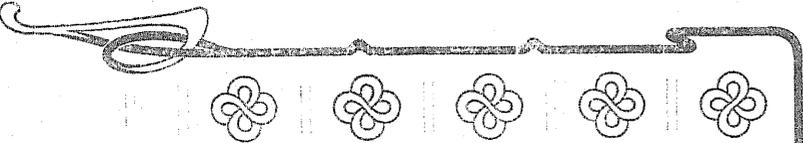
El discurso de éste resultó una verdadera filípica. Hizo una pintura dantesca de los desmanes del gobierno. Robos, atropellos, violaciones de la Constitución: nada faltó en el político cuadro.

El interpelante concluyó con este brioso arranque oratorio:

—En fin, señores diputados: al contemplar todos esos escándalos, no puedo menos que decir: “¡Pudor, cúbrete el rostro!”

El ministro, que había estado tragando saliva, pidió la palabra para contestar. Gran expectativa. Silencio solemne.

—Señor Presidente:— dijo Don Isaias Gil.— Mi réplica al diputado interpelante será forzosamente extensa. Pero antes de entrar al fondo del asunto, quiero que me saque de una curiosidad... ¿Cómo es que se permite tratar con tanta confianza al Pudor, tuteándolo como á un viejo



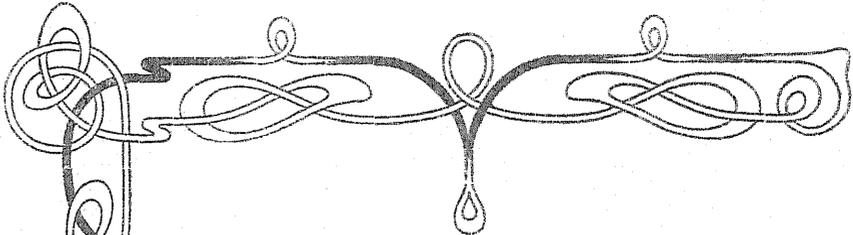
Casos, Dichos y Anécdotas

amigo, cuando todos sabemos que no lo conoce ni de vista?

No hay para qué agregar que el interpelante quedó achatado...



Don Nabor Córdoba, caudillo de Tucumán y hombre de tanta sagacidad como ingenio, fué quien puso al general Mitre el apodo provinciano de Durmili, durmili. El Durmili, durmili es un pajarito del interior de la Argentina que parece que está dormido y no lo está, que parece zozzo y no lo es, y que sólo levanta el vuelo cuando el cazador, —engañado por su aparente torpeza— se halla á punto de echarle la guantada...

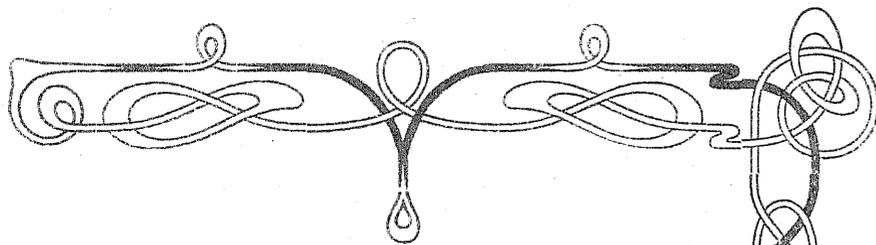


Casos, Dichos y Anécdotas

Al variadísimo repertorio de Don Lucas Córdoba, pertenece la siguiente anécdota:

En cierta época los gobiernos de Tucumán á Santiago del Estero se hallaron á punto de tirarse con los platos por la cabeza. Por fin se arreglaron las diferencias, y con objeto de sellar definitivamente la paz, el Gobernador de Tucumán resolvió hacer una visita al Gobernador de Santiago. Gran alboroto causó la noticia en esta última ciudad.... ¡Pues no era nada! ¡El Gobierno de la provincia rica se dignaba rendir tributo de consideración al Gobierno de la provincia pobre!

Los santiagueños determinaron hacer los festejos en grande. Se resolvió dar un banquete y un baile en la Casa de Gobierno, y para contribuir al mayor esplendor de ambos actos, las familias pudientes envia-



Casos, Dichos y Anécdotas

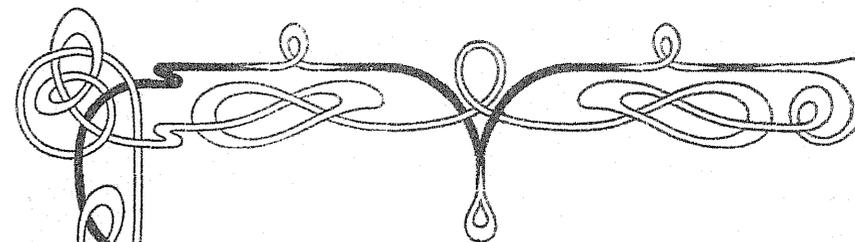
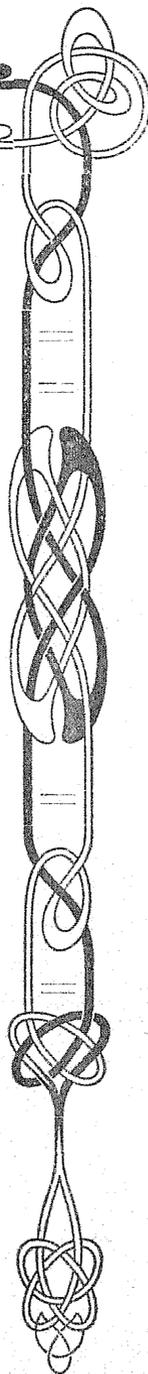
ron lo mejor de sus mobiliarios y lo más pesado de su vajilla de plata maciza.

Llegó el día del banquete, y el Gobernador de Tucumán fué objeto de las mayores atenciones. La comida fué espléndida, y la culinaria provincial hizo prodigios. A los postres, dos servidores presentaron al ilustre huésped una monumental sopera de plata llena de agua tibia. Un tercer criado presentaba en una bandeja un macizo cucharón del mismo metal.

Como el Gobernador de Tucumán ignorara á qué uso estaban destinados la sopera y el cucharón, temeroso de equivocarse, se volvió hacia el Gobernador de Santiago y le interrogó con la mirada.

— Sírvase, excelencia — le contestó el interpelado.

— No excelencia. Sírvase vucencia, primero — repuso el de Tucumán, que quería ver venir los acontecimientos.



Casos, Dichos y Anécdotas

¿Qué ponche era aquel que se le ofrecía á los postres?

— Ya que Ud. se empeña...

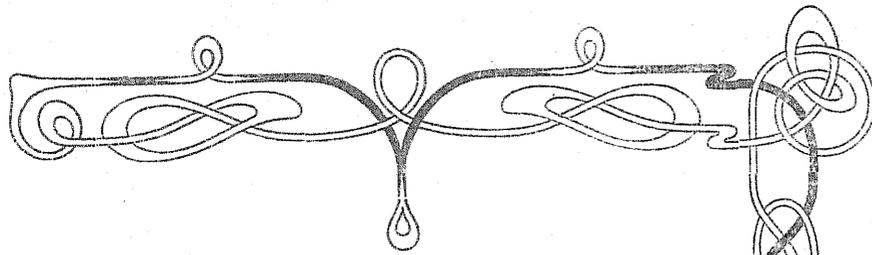
¡Y, con gran asombro del Gobernador de Tucumán, el Gobernador de Santiago metió el cucharón en la sopera, lo sacó lleno de agua tibia, lo llevó á la boca, tomó un sorbo, se enjuagó la boca... y echó de nuevo el sorbo en la sopera!

— Ahora Ud., excelentísimo señor — dijo graciosamente el Gobernador de Santiago, ofreciendo á su colega el monumental recipiente de plata.

¡La anécdota no dice si el Gobernador de Tucumán echó las tripas!



El mismo Don Lucas Córdoba, para ponderar la pereza increíble de los mendocinos, narraba en un círculo de amigos:



Casos, Dichos y Anécdotas

—Un paisano de Mendoza y su hijo llegan de viaje á una posada. Durante la noche estalla una tormenta, y como el techo del rancho está mal quinchado, comienza á lloverse toda la habitación.

El viejo despierta al sentir que gotea sobre sus pies desnudos, y en la oscuridad llama á su hijo con voz lastimera:

—¡Pantaleón! ¡Pantaleón! Levántate, pues, muchacho.

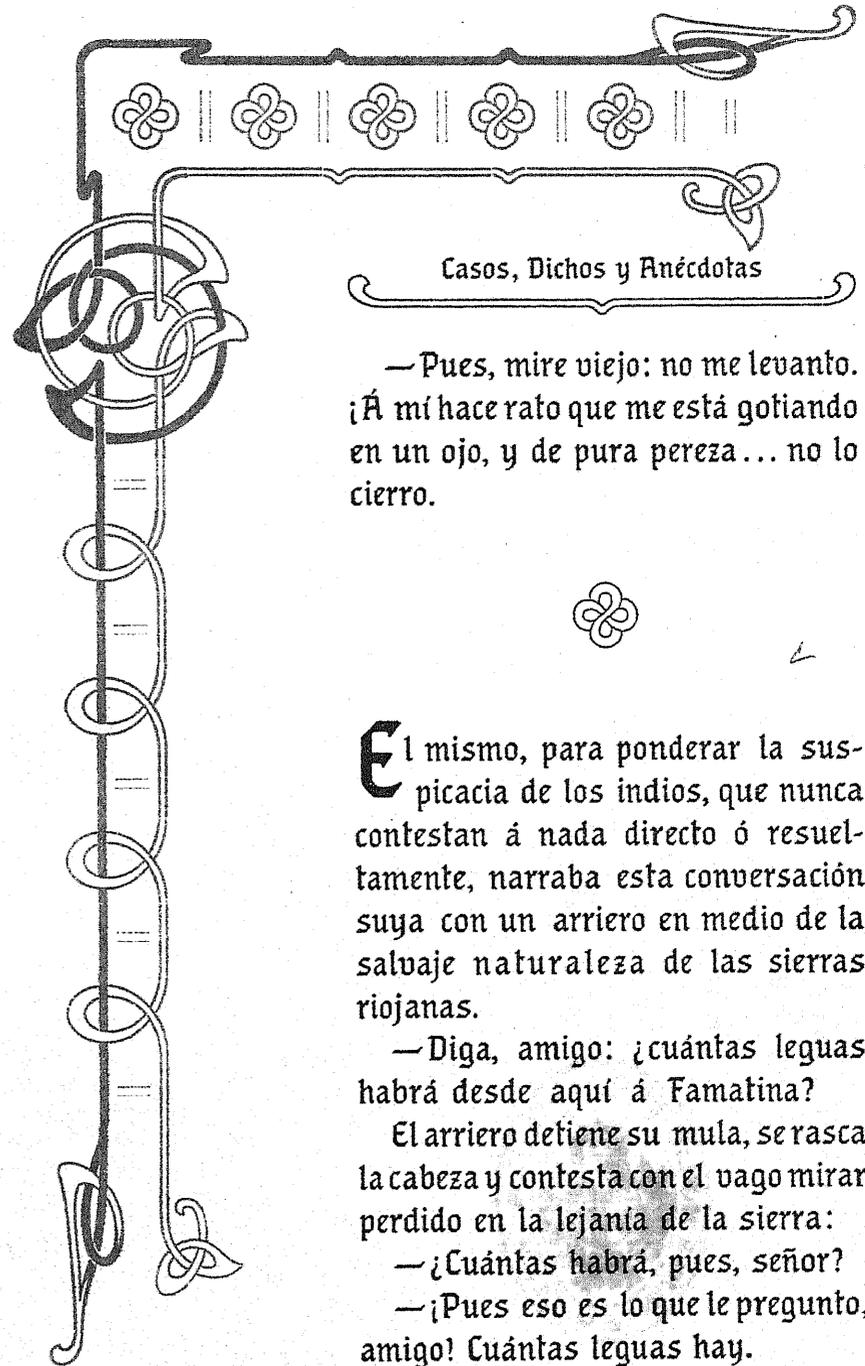
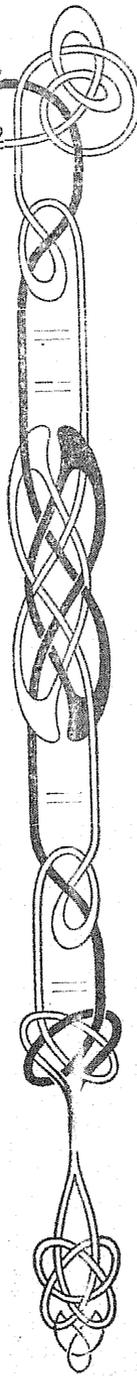
El hijo no contesta.

—¡Pantaleón! ¡Pantaleón! ¿No sentís que está lloviendo?

El muchacho se resuelve á contestar con voz no menos lastimera que la de su padre:

—¡Ah, viejo zonzo! — dice. — ¿Qué se le frunce á estas horas?

—A ver si te levantás, muchacho, y me empujás el catre, que me está lloviendo sobre un pie y me da pereza de moverlo.



Casos, Dichos y Anécdotas

—Pues, mire viejo: no me levanto. ¡Á mí hace rato que me está gotiando en un ojo, y de pura pereza... no lo cierro.



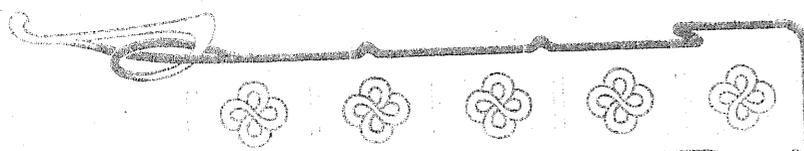
El mismo, para ponderar la suspicacia de los indios, que nunca contestan á nada directo ó resueltamente, narraba esta conversación suya con un arriero en medio de la salvaje naturaleza de las sierras riojanas.

—Diga, amigo: ¿cuántas leguas habrá desde aquí á Famatina?

El arriero detiene su mula, se rasca la cabeza y contesta con el vago mirar perdido en la lejanía de la sierra:

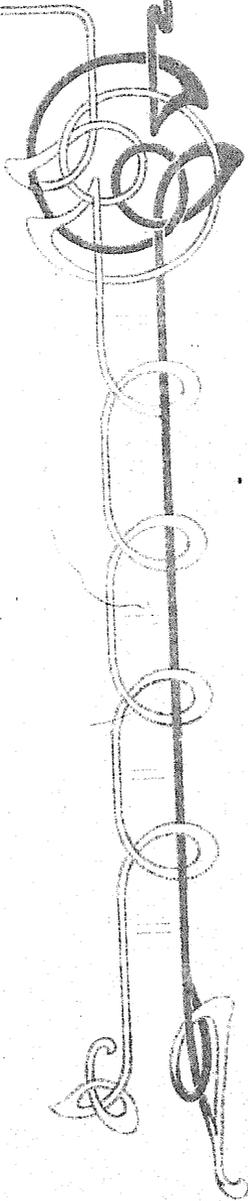
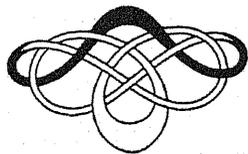
—¿Cuántas habrá, pues, señor?

—¡Pues eso es lo que le pregunto, amigo! Cuántas leguas hay.



Casos, Dichos y Anécdotas

— ¡Averigüelo, pues!— contesta el indio, y creyendo haber cumplido estimula con sus talones las dormidas actividades de su montura, para poner término á la conversación.



Recepción, Luján, 1867-1909

1867-1909

Talleres Gráficos
* A. Barreiro y Ramos *
Bmé. Mitre, 61

5
8
11